

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. III

SUMARIO

- CRISTOBAL DE CASTRO.. Valor social del árbol
RAMIRO DE MAEZTU..... La alegría de la guerra
ENRIQUE JOSE VARONA.. Paredes de cristal
MIGUEL DE UNAMUNO . Mendacidad
G. MARTINEZ ZUVIKIA.. El secreto de la casa de los eucaliptus
MOISES CANTOR..... Las ciencias naturales en la escuela primaria
HOOD..... El puente de los suspiros (Traducción de Rafael Pombo)
CORNELIO HISPANO..... Bolívar, guerrero
V. GARCIA CALDERON.... Consideraciones sobre "Don Juan"

Cuaderno 88

San José, Costa Rica, octubre 15 de 1916

Imprenta Greñas

Credemo 88
OCT. 1914

Valor social del árbol

Va bien de día despertamos en las tierras maravillosas de Navarra. Es la región del culto a los árboles. Durante dos semanas hemos podido recorrer el llano y la sierra, desde las vegas de Peralta a las cumbres de Roncesvalles, con esta deleitosa contemplación de que el árbol es para los navarros algo entre familiar y evangélico, principio y fin, como el Verbo en el Credo católico.

En el campo y en la ciudad, en los huertos pequeños como en los bosques dilatados, el navarro cuida los árboles con un amor de novio y una ternura paternal. Se diría que el ciudadano y el campesino tienen conciencia de este apostolado; que nacen con el culto a sus árboles, como con el culto a sus fueros; que sienten toda la generosidad, toda la poesía, toda la utilidad social de los árboles, como Horacio o como Wat Withman.

Porque el árbol, que da sus frutos y su sombra, sus troncos para construir y su leña para el hogar, es moralmente el símbolo generoso, la dádiva sin interés, el bien sin miramientos de recompensa.

En el orden poético, los árboles de Virgilio y de Rousseau representan la suavidad de las "Geórgicas" y la melancolía de las "Confesiones". Los árboles de Giotto y de Leonardo, la ingenuidad de "La huida a Egipto" y el desmayo inefable de la "Anunciación"; los árboles de Beethoven y de Wagner, la gracia rústica de la Pastoral y el gigante concierto de "Los murmullos de la selva".

Pero, además, el árbol avanza socialmente desde el campo a la ciudad no como un paria, sino como un liberto. En las grandes urbes modernas, las calles más lujosas y aristocráticas se marcan por dobles filas de árboles. Los hoteles más suntuosos tienen como el mejor ornato sus frondas. Las universidades, los cuarteles, los hospitales, las iglesias, todo gran edificio nuevo, se adorna con la pompa de sus ramajes. Diríase que el árbol es un nuevo barómetro de la civilización.

El pleito entre la industria y la agricultura por la hegemonía social parece haber hallado en el árbol un arbitrio prudente y satisfactorio. Porque, en lo porvenir, los campos no serán la gleba desolada y dura que empujara a Espartaco y a la Jacquerie contra la ciudad egoísta, sorda al dolor de

los esclavos y de la tierra. En lo porvenir, la ciudad ha de llevar al campo las magias de su química y los conjuros de su arte agricultor.

De hoy más tampoco la ciudad será la masa gris y triste de casas apretándose en la agonía de un asmático, como las viera Dickens y las llorara Verhaeren.

El campo enviará a la ciudad sus árboles, el incensario de sus fragancias, la orquesta de sus pájaros escondidos.

Este doble valor social del árbol—salud rústica de la ciudad y arte delicado en la campiña—es el mito de Triptolemo, cantado por Meleagro en la Antología:

“—Ven, Lena, entre los árboles. A las puertas de la ciudad llegan las puntas de sus ramas y los murmullos de sus hojas. En sus frondas están los dioses rústicos: Pan, el del caramillo, y Triptolemo, el sembrador. Pan se ocultará al verte, porque es un viejo sátiro que tiembla al mirar un brazo desnudo. Mas Triptolemo no se ocultará, porque es un joven casto y fuerte, atento sólo al cuidado de sus laureles y a la poda de sus viñas.”

CRISTOBAL DE CASTRO

La alegría de la guerra

LA guerra es alegre. El cronista ha visitado recientemente el frente inglés en Francia y jamás se ha cruzado con un grupo de soldados británicos sin oírles cantar canciones humorísticas. En cuanto se ha acercado al cañoneo, en cuanto ha visto estallar granadas cerca de su automóvil no ha sentido más que un sólo deseo: el de echar a correr hacia adelante, el de asomarse a las trincheras de primera fila, el de agarrar un fusil y ponerse a disparar tiros, el de embestir a la bayoneta. Y el cronista no es ningún valiente, sino hombre profundamente susceptible al miedo. Mas por lo mismo que sabe muy bien que el miedo se apodera, en cuanto se lo consiente, hasta de la última de sus fibras, también sabe que el placer máximo del hombre consiste en dominarlo y superarlo.

Pero este sentimiento es en él nuevo, y conviene analizarlo. El cronista se ha-

bía refutado con argumentos el principio pacifista.

Por principio pacifista no entiende el deseo de paz, porque éste debe ser común a todos los hombres de ideas morales, sino la convicción de que la paz—la vida humana—es el valor supremo. Esta valoración es falsa. Antes que la vida está el honor. Por honor entiendo la obligación que tenemos todos los hombres de mantener la justicia.

El principio de la guerra por la guerra es malo, porque la guerra es en sí un mal. Pero peor que la guerra es la injusticia. La verdadera escala de valores es ésta: 1º, la justicia y la paz, que no necesita de ser interpretado; 2º, la justicia y la guerra o la guerra por la justicia. Estos dos estados expresan categorías positivas de bondad. Después de ellos se puede enumerar los siguientes: 3º, la guerra por la guerra, es decir, la guerra por el placer de pelear. Este estado es un mal, pero no tan malo como este otro: 4º, la guerra por la injusticia, es decir, la guerra emprendida al objeto de dominar o explotar al extraño. Pero este mismo estado es muy superior a este otro: 5º, la paz por la injusticia, es decir, la decisión

de aguantar toda clase de injusticias antes de decidirnos a arrostrar la muerte por la defensa del derecho.

De la justeza de esta escala de valores estaba perfectamente convencido el cronista antes de visitar el frente. Su vista no ha alterado ni poco ni mucho esta convicción fundamental. El bien máximo es la paz justa; el bien mínimo, la guerra justa. Pero el mal mínimo es la guerra injusta. El mal supremo, el bochorno, la deshonra, la paz injusta. Antes la muerte. Y esta escala de valores no reza únicamente para los conflictos internacionales, sino también para los internos.

Lo que el cronista no sabía antes de visitar el frente inglés en Francia es que la guerra pudiera ser alegre. Sus ideas sobre la guerra las había tomado de los grandes novelistas del siglo XIX y especialmente de Tolstoi y de Zola. Tolstoi y Zola y muchos generales, pintan la guerra como un infierno de terrores, dolores y fatigas.

El cronista no había reparado hasta hace pocos años en que la visión que un buen novelista tiene de la vida tiene que ser pesimista desde el punto de vista

humano. Y ello por la razón sencillísima de que en toda novela nos pinta el paso de un individuo, el héroe o la heroína, por el mundo. El mundo queda; el individuo se va, y todos sus sueños de felicidad se desvanecen. Hay novelas en que el autor termina anunciándonos la futura felicidad del héroe. Sólo que esta promesa se queda en promesa y no se cumple nunca. Las grandes novelas son las que conducen el héroe a la muerte. Novela que no acabe con la muerte del héroe no es de primera clase.

De todos los aspectos de la vida, la guerra es uno de los menos desagradables. Si en vez de buscar mis textos entre los grandes novelistas hubiese apelado a mis recuerdos de infancia, habría caído en la cuenta de que la visión de los novelistas es parcial. Cuando yo era niño estaban frescos en torno mío los recuerdos de la carlistada. Carlistas y liberales los evocaban a diario. Y claro está que muchos de ellos no eran agradables. Hambres, fatigas, fríos, insomnios, hospitales, hedor de carne purulenta.

Pero ¿habéis conocido un soldado que no se goce del recuerdo de los dolores de la guerra? Por encima de la memoria del

dolor está la alegría de haberlo sobrevivido. Y hay un placer propio de la guerra que lo compensa todo: el de no vivir para uno mismo, el de sentirse vivir en un regimiento, en un ejército, en una causa, en algo más grande que uno mismo.

No creáis que este placer es sólo asequible al general que dirige los combates o al político que dirige la guerra. Hasta al último soldado llega, más o menos, la conciencia de estar peleando por una causa superior. Claro está que me refiero aquí meramente al ejército que combate por la justicia. Pero hasta el soldado que combate por una causa injusta pelea también por algo superior a sí mismo. El soldado que se dice: "No sé quién tiene razón en esta guerra. Lo que sé es que de este lado pelean los míos, y con ellos estoy", también puede tener tranquila la conciencia, aunque no tanto como aquel otro que diga: "Los míos están de este lado; la razón, del otro; y yo, con la razón."

La guerra puede ser horrible cuando se obliga a pelear a un hombre contra su conciencia; o cuando se dirige mal y se somete a los soldados a mayor cantidad

de fatigas, de privaciones o de tensiones nerviosas de las que pueden soportar sus naturalezas. ^{RAMIRO}

Pero cuando existe en el soldado la conciencia de la justicia de su causa, cuando su alimentación es suficiente, cuando tiene bastante vestuario para afrontar el frío, cuando no abusa el mando de sus fuerzas y cuando se le trata con respeto, la guerra es alegre, ha sido siempre alegre, tiene que ser alegre. Si no fuera alegre, no la soportarían los hombres.

A la idea de la muerte se familiariza el soldado ya horas antes de entrar en fuego. Puede venir en cualquier momento. No es razón para entristecerse. Ya se sabe que puede venir. Vendrá cuando Dios quiera. Contra la muerte nada puede el hombre. Contra lo que puede es contra el miedo. En esta batalla sí que no es posible alcanzar la victoria. Y es cosa inexplicable, pero positiva. En cuanto se ha logrado dominar el miedo, el alma se nos llena de alegría. Y esta es la alegría de la guerra.

RAMIRO DE MAEZTU

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

500 -

Paredes de cristal

POCOS meses atrás, un caballero, que está recogiendo datos sobre el desarrollo material y moral de Cuba, me pidió algún breve escrito mío, sobre cualquier tema; sin duda para que pudiera tenerse idea de mi modo de discurrir y de expresarme. Con ese motivo escribí los siguientes párrafos:

“Acabo de releer esta frase, que leí hace muchos años: “Las democracias han de vivir en casa de cristal”. Entonces me entusiasmó; y ahora me ha entristecido.

“¿Es que la edad me ha ido petrificando el cerebro y me ha convertido en reaccionario? ¿Hace daño la luz excesiva a mis ojos envejecidos? No por cierto. Todavía me regocija la espléndida claridad meridiana, y me hace encoger de hombros la idea de que los pueblos puedan subir de nuevo y a reculones la cuesta que bajaron. Ni el hombre, ni los hombres viven dos veces.

“Me ha entristecido, porque ha hecho surgir ante mí el terrorífico escenario de Europa, cuna de la libertad, y campo hoy del más tremendo cataclismo que han podido producir la demencia y la ceguedad de los hombres.

“Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña; sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transparentes de sus casas, ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?

“A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra; y el común de los ciudadanos se desbandaba en todas direcciones, sin saber donde encontrar puerto de refugio.

“Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que hunden hoy a un Huerta y levantan mañana a un Carranza, envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o parecen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?

“Cuando era yo niño, tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Inglaterra su primera exposición. Cierto. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el

mundo fabril. Lo que no se veía, ni podía verse, era el engranaje interno de ruedas y palancas, ni la voluntad directora que, por su medio, les comunicaba vida y las ponía en movimiento.”

He vuelto a leer ahora lo que entonces había estampado, y advertí que, aun circunscribiéndolo sólo a lo que se llama vida pública, mi punto de vista alcanza tal generalidad, que empezó por sorprenderme y acabó por convertirse en verdadera lección de mortificación y modestia.

¡Lo que se ha atronado nuestros oídos, desde hace lo menos ciento cincuenta años, con el dogma de la soberanía popular! ¡Cuántas tremendas sacudidas y cuántas sangrientas revoluciones en América y Europa, para defender, sacar triunfante y afianzar ese nuevo artículo de fe! Solemnes constituciones, a guisa de flamantes tablas de la ley, fueron promulgadas, y descansaban todas sobre esa amplia base. A cada uno nos tocaba nuestra parte alícuota de soberanía.

Casi un siglo después los estadistas alemanes hicieron un peregrino descubrimiento. No: el pueblo no es soberano. La soberanía se cierra mucho más alto, para cobijarnos a todos. No se encarna en la masa amorfa, ni en la masa organizada, ni en los hombres, ni en un hombre. La soberanía pertenece al Estado. Se necesita leer a los tratadistas penetrados de ese gran principio, en Alemania y fuera de ella,

para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicompreensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: ¡el Estado! El triste soberano desposeído, el átomo humano, mi vecino, yo con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea que la del pueblo, no falta, ni ha faltado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los lectores desperdigados o colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Sólo que el gobierno es real, lo ejercen hombres que tienen en sus manos todos los medios reales y

hasta ideales para actuar sobre otros hombres. Una bicoca.

To suck, to suck, the very blood to suck.

Pues bien, supongamos, y no es poco suponer, que armado de mi boleta electoral, del todo consciente de la alta función que me dispongo a ejercer; conociendo bien, o bastante bien, o casi bien a todos y cada uno de los que voy a elegir para que me den leyes, me impongan contribuciones, administren la hacienda pública, me gobiernen, representen a la nación y la dirijan en sus relaciones con los demás pueblos; sin que nadie ejerza sobre mí coacción, ni siquiera presión moral; seguro de que mi voto ha de ser considerado cosa sagrada, intangible, que nadie manosea, adultera o sustrae diestramente; segurísimo de que nadie será osado a inflar o desinflar el número de votos obtenidos por tales o cuales candidatos; supongamos, repito, que mi voto, uno, entre cincuenta o cien o doscientos mil, ha contribuido a elegir el gobierno de mi confianza o preferencia. Y supongamos que éste ha triunfado honradamente, sin violencias ni artimañas públicas ni secretas, con el desconuelo, pero con el respeto de sus adversarios.

En esta situación naturalísima, pero casi fantástica, al menos por estas tierras de Hispano-América, ¿qué voy a ver yo, el elector de marras, a través de las transparentes paredes cristalinas de las mansiones oficiales de mis gobernantes? ¿Qué voy a saber de los an-

tecedentes genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis ciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán, casi con lástima, la mano en la boca y me dirán enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejen han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, lejos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascendentales negociaciones con uno o más poderes extranjeros, secundarán mis sesudos maestros, ¿vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idiotas, si no por locos de atar, los estadistas que manejan el otro cotarro y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transparentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes

que envía el Ejecutivo a las Cámaras, y en que se enumeran ce por be los motivos razonados de las leyes que se solicitan. Acabo de recibir precisamente el mensaje del presidente de la Argentina al Congreso en mayo de este año. Tiene ciento ochenta páginas. Relata minuciosamente "cuanto se relaciona con la situación política interna y externa" de esa próspera república. Es de cristal. Pero sospecho que hay serpeando por esas páginas muchas venas ocultas, de que nada sabe la turbamulta de los argentinos; y, por fuerza, menos que nada los que no somos argentinos. Claro está que este es un mero ejemplo, y que lo mismo cabe decir de nuestros mensajes y de cualesquiera otros. El mal, si mal hay, no está en la nacionalidad.

Todos quisiéramos que gobernar fuera otra cosa. Pero no se trata de lo que quisiéramos, sino de lo que es. Y por desgracia la verdad desnuda vive muy escondida y tiene parentesco muy remoto con la verdad vestida, que es la que tratamos. La ardua función del gobierno impone en casi todos los casos la reserva, en no pocos el secreto. Hay fiestas de aparato para los ojos; hay negocios delicados que conviene, que importa no divulgar a destiempo. Contentémonos con que la reserva sea la necesaria, la legítima, y que de ella resulte el éxito apetecido, de donde debe salir siempre un beneficio para la nación.

ENRIQUE JOSE VARONA.

Vedado, 10 de agosto, 1616.

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

Mendacidad

POCAS cosas me han abatido y entristece más el ánimo de español que lo que oí una vez decir a un amigo mío, hombre agudo y desapasionado, que había recorrido una parte de Europa estudiando instituciones de enseñanza pública y sobre todo residencias de estudiantes, casas de pensión e institutos análogos. Y es que venía muy dolido del mal concepto que en general se tenía por ahí fuera de los estudiantes españoles. Acusábaseles de varias faltas y sobre todo se decía de ellos que son, con los griegos, los más embusteros de todos. La mendacidad aparecía como un triste estigma inmoral de nuestro pueblo. Y es cosa sabida que la mendacidad es hermana mielga de la mendicidad. Es altamente simbólico esto de que sólo discrepen en un sonido las sendas expresiones verbales de esos dos vicios mellizos.

Hay que hacer observar, como creo haberlo dicho otra vez, que ha habido un tiempo en que los más de jóvenes que salían de España a estudiar en el extranjero no eran, ni con mucho, de lo más escogido moralmente. Solían

ser muchachos de que sus padres no podían hacer carrera, señoritos—¡esta horrible clase española! — que iban a pasearse dándose un baño de europeísmo o a divertirse malgastándoles los cuartos a sus padres, o tal vez para poder decir luego que habían estudiado en el extranjero y traerse un título de esos de exportación que dan desdeñosamente a los que no han de hacerles competencia. Sé de una ciudad extranjera donde durante mucho tiempo se ha tenido a los señoritos españoles por cretinos—era la expresión—, juzgándolos por los que conocían de un instituto español allí desde hace siglos establecido. Y no sé si la cosa ha cambiado. Porque hasta los que nada tenían en rigor de cretinos parece que llevaban una vida, la del señorito español bien acomodado, a propósito para hacer creer en su cretinismo. O por lo menos en su filisteísmo, y a las veces beotismo. Todo parecía interesarles, si es que algo de veras les interesaba — lo característico del español es que fuera de casa no le interesa nada—, menos los valores de cultura.

Pero eso de la fama de mendacidad es cosa terrible.

Pensando luego muchas veces en ello, he creído que de todos nuestros males públicos el más fatal es éste de la embustería. No creo que seamos peores que otros pueblos en otros respectos, pero basta que seamos uno de los pueblos más embusteros para que todas nuestras

buenas cualidades no nos den el fruto que debieran darnos.

La mentira es el arma de los débiles, y en tal sentido defendió Schopenhauer la licitud de su empleo. Pero así como hay una mentira defensiva, hay otra ofensiva. Y es natural que Schopenhauer defendiera el empleo de una arma si la creía eficaz, pues es sabido que en su casta llaman defenderse al agredir. En lo que, por otra parte, no les falta razón, pues un lobo que se echa sobre una oveja para devorarla lo hace para defenderse del hambre. Y así no es fácil saber cuándo una mentira es defensiva y cuándo es ofensiva. Lo que la experiencia enseña es que cuando uno se acostumbra a esgrimir la mentira para defenderse acaba por esgrimirla sin necesidad defensiva alguna, por ejercitarse en su empleo y hasta por pura virtuosidad y tecniquería.

Acaba uno por enamorarse de la mentira por la mentira misma. Se hace de ella un arte, y cuando se hace un arte de la mentira, acaba por no ser el arte más que una mentira. Y ya a nadie se engaña.

Lo más desconsolador acaso de nuestro régimen de mentira es que ésta a nadie engaña, y así nos acostumbramos a dudar de todo, lo mismo de la verdad que de la mentira. De aquí nuestro tan característico esceptismo público.

“¿Y si no fuera mentira, si por casualidad esta vez me hubiese dicho, contra su costumbre y acaso su propósito, la verdad?” Esta

duda le atormentaba una vez a un pobre amigo mío ante ciertas manifestaciones que le hizo un político español, es decir, un embustero entre embusteros. Porque el político español es un embustero elevado al cuadrado o en segunda potencia, pues lo es en cuanto español y en cuanto profesional de la política. ¿Y quién no conoce aquello de los que engañan con la verdad? Hay embustero que, sabiendo que no le han de creer, dice la verdad para que no se la crean.

¿Quién ignora que entre nosotros, desde el presidente del Consejo de ministros abajo, el arte supremo del político que ocupa el poder consiste en escamotear la verdad? Mienten cuando afirman, mienten cuando niegan y, sobre todo, mienten cuando se callan. Porque el silencio puede ser una gran mentira. Y el silencio que oprime a España es un silencio de mentira.

¿Y la genealogía de la mentira?

Somos holgazanes. Yo no sé si es que somos holgazanes por ser pobres o es que somos pobres por ser holgazanes. Este problema que tan agudamente ha tratado el Sr. Salillas, lo mismo en *El Hampa* que en su teoría básica de picarismo español, encierra un tremendo círculo vicioso.

Por ser holgazanes somos cobardes. Y la peor cobardía es la cobardía para el trabajo, esa cobardía que lleva a tantos desgraciados a exponer su vida ante un toro, diciéndose con

el *Espartero* aquello de: “¡más cornás da l’hambre!” Y la holgazanería espiritual a su vez lleva a los otros, a los aficionados, a la cobardía mental de admirar a los que arriesgan su vida ante el toro, ya que esa admiración no exige esfuerzo alguno de inteligencia. Porque la inteligencia de los llamados *inteligentes* en eso es una de las peores plagas que nos afligen.

Por ser cobardes, somos pordioseros. Nuestra característica mendicancia no es sino hija de cobardía. Porque aquí se mendiga todo, hasta la justicia. Y a quien no la mendiga le llaman soberbio. Que es hoy el título más honorífico en España.

Cuando uno se niega a mendigar, dicen que quiere imponerse. Ya saben mis lectores aquello de: “¿Con imposiciones a mí? ¡No las tolero!” Que es el modo de sacudirse de hacer justicia. Si uno la pide dignamente, le contestan con embustes o con dilaciones y evasivas, y si harto de soportar habilidades alza la voz de hombre libre y esgrime la verdad, entonces es que quiere imponerse. Así, al menos, piensa la canalla.

Y por mendigos somos embusteros. El arma de la pordiosería es el embuste. El mendigo tiene que mentir, porque cuando a un mendigo se le ocurre mendigar con la verdad—y se ha dado casos de ello —, ha tenido que morir-se de hambre. O ha resultado el tipo estupendo del mendigo orgulloso. Sabido es, en efecto,

que el orgullo consiste en esgrimir la verdad y defenderse y atacar con ella. En cambio, lo que se llama humildad o modestia no suele ser más que el artificio doloroso de la mentira.

Toda la reforma moral, y por lo tanto política, de España, no estriba más que en establecer el amor y el respeto a la verdad y a la veracidad.

El amor no es más que veracidad, y así aquellas palabras del divino Maestro de que al que ama mucho le será perdonado mucho, cabe trasladar diciendo que al que sea veraz le serán perdonados sus pecados. Sólo a un hombre prometió la gloria eterna él, el Cristo, y ese hombre fué un bandolero que se confesó, que fué veraz, que no calló lo que sentía de sí y del otro.

Un ámbito plúmbeo de mendacidad constriñe a nuestra vida pública. Y es la más terrible mendacidad, la del secreto en que están todos. Todos, en efecto, están en el secreto, y por eso es más secreto aún. La verdad puede pasearse desnuda por las plazas sin que nadie la vea. Por ir desnuda no la ven. Y si se viste sólo ven su vestidura y no la ven a ella. Y la vestidura de la verdad invisible resulta una terrible mentira. Con esos vestidos visten un mániquí cualquiera.

Conocí un hombre diabólico, especie de Maquiavelo provinciano, exento de la vanidad de su maquiavelismo. Es decir, que así como hay quienes dejan de ser hábiles con tal de pa-

recerlo—y entre éstos se cuentan no pocos de los que pasan por maestros consumados en habilidades —, ese hombre diabólico de que digo dejaba de parecer hábil con tal de serlo. Era, en fin, de los que saben hacerse el tonto. Y en cierta ocasión de unas elecciones senatoriales, decía a uno de los dos candidatos: “mire usted, señor X, yo no tengo más remedio que decir a Z que le he de votar y hacer creer que le votaré, ¡pero mi voto es para usted!”; y luego se iba a Z, y le decía lo mismo con relación a X, y es que prometería a éste su voto, pero para no dárselo, y al cabo se vino a mí y me dijo lo que había dicho a uno y a otro, y cómo aseguraba a X que engañaría a Z prometiéndole su voto y aseguraba a Z que engañaría a X prometiéndoselo. Y a mí, que no era candidato ni mucho menos, no podía engañarme, y me decía: “verá usted, mi papeleta llevará tal marca.” Y en efecto, salía una papeleta con aquella marca de infamia. Y el hombre que hacía esto era un hombre hábil que no necesitaba mentir para engañar.

Acaso lo de decir siempre la verdad, créanla o no oportuna los hábiles y los discretos según la feria, sea todo un programa y sin otra cosa alguna. Ponerse cara al oleaje del porvenir sin más soluciones que la de no callar la verdad y que de su declaración surja la solución que haya de aplicarse. Que si ante un hecho se dice toda la verdad, toda y sola la verdad, la verdad entera, y no más que ella, al

punto se ponen todos los hombres de buena voluntad de acuerdo en lo que hay que hacer. Y ante el secreto o la mentira todos disienten, aunque parezcan conchabarse. Sólo la verdad une.

MIGUEL DE UNAMUNO.

El secreto de la casa de los eucaliptus

I

DOÑA Carmen de Borja guardaba de la noche en que los revolucionarios mataron a su hijo Carmelo, teniente de milicias en Santa Fé, un sombrío recuerdo.

Era viuda y vivía con Laura, su única hija, en "la casa de los eucaliptus", como llamaban a su estancia a ocho leguas de la ciudad, sobre el arroyo "Leyes", rodeada de oscuros eucaliptus, que en las noches de viento gemían como almas en pena.

Carmelo Borja, su hijo, recién ascendido a teniente por el gobernador Bayo, había estado en ella el día anterior. Corrían rumores de revolución y el joven los relataba con gusto, para lucir su valor ante su madre acongojada.

Al medio día se despidió de ella y de Laura, y volvió a la ciudad, a caballo, con su asistente, siguiendo el ancho camino polvoso, que llevaba a Santa Rosa, foco de las revoluciones.

No tuvieron ningún mal encuentro. Era invierno y la ruta estaba solitaria, aun en las cercanías del pueblo.

Pero esa noche, como a las once, el teniente Borja que volvía de una tertulia, al cruzar la plaza de Mayo para ir a la policía donde él vivía, topó con un pelotón de jinetes que desembocaron al galope, de la oscura calle transversal.

—¡Quién vive!—gritó el teniente sacando su revolver.

—¡La revolución!—le contestó el que mandaba la tropa; y como en aquellos tiempos eran muchos los revolucionarios por sport, sintió sin duda la necesidad de completar la respuesta, y añadió:

—¡El capitán Insúa!

Sonaron varios tiros, que dieron el alerta.

La guardia de la policía que dormía con el arma al brazo, parapetada detrás de las gruesas columnas del cabildo, rechazó sin grave esfuerzo a los asaltantes, cuyo propósito de sorprenderla dormida se había frustrado, y que, una hora más tarde, regresaban derrotados por el camino de Santa Rosa.

Sobre la gramilla verde de la plaza de Mayo, con la luz de un farol, hallaron esa noche tres muertos y en medio de la calle, encontraron al teniente Borja herido de un balazo por el capitán Insúa.

La herida era grave, y él, que comprendió que se moría, pidió que avisaran a su madre, para morir al lado de ella.

Cuando el chasque llegó a "la casa de los eucaliptus", eran las cuatro de la madrugada. Ladraronle los perros y al ruido se despertó doña Carmen y llamó a Laura.

—Alguien llega del pueblo—le dijo—, malas noticias, sin duda.

Oyeron la voz del capataz, que desde afuera anunciaba al chasque. Laura se abrazó a su madre y se echó a llorar, y ambas escucharon el relato de lo sucedido.

—¿No ha muerto, entonces?

—No, patrona; quiere verla.

Mandaron atar la volanta de tres caballos, y un rato después, obscuro aún, doña Carmen y Laura, acompañadas del capataz y de Magdalena, su mujer, que había criado a Carmelo y lloraba como una criatura sabiéndolo herido, se pusieron en marcha a la ciudad.

El camino era recto y parecía una cinta blanca, a la luz indecisa de las estrellas. Los gallos cantaban al alba fría que se anunciaba, y la madre no podía dejar de oír, aunque estaban ya lejos, el rumor acongojado del viento en las copas de los eucaliptus que rodeaban su casa.

Llegó a tiempo para hablar con su hijo, que murió como a las once, y al día siguiente, ambas mujeres desoladas volvieron a "la casa de los eucaliptus", resuelta la madre a confinarse en ella, para llorar mejor al muerto.

Laura tenía veinte años y era de una magnífica hermosura. Su madre había deseado casarla, para no sacrificar su juventud y quizás con el vago deseo de que los nietos repararan un día el inmenso hueco que había dejado en su corazón la muerte de su hijo.

II

La más caracterizada figura de caudillo revolucionario en esa época, era la de Ventura Insúa, que usaba el grado de capitán, con que años antes le agraciara un gobernador en la guardia nacional.

Gozaba por su valor y su fortuna en campos y haciendas, de un ilimitado prestigio en todo el norte de la provincia, principalmente en la costa, donde en un día a una voz, reclutaba 500 jinetes criollos o indios, que lanzaba como un torbellino sobre la ciudad abierta, sin más propósito que mantener en constante alarma a los gobernadores enemigos.

A los treinta y cinco años, en el apogeo de su fama, fuerte y bello, acostumbrado a salir ileso de todas las sangrientas algaradas, estuvo a punto de morir en una de sus efímeras revoluciones.

Había entrado en la ciudad hacia la media noche, y fué su ataque tan inesperado y violento

que poco faltó para que se adueñara de la policía y apresara al gobernador en su casa. Pero sus tropas esa vez eran escasas, y aunque se batieron con un soberbio desprecio de la vida, al alba tuvieron que abandonar la ciudad, perseguidas por un piquete de soldados a caballo.

Ventura Insúa huyó de los últimos. Montaba un caballo admirable y famoso, pero cansado ya por el combate, y sus perseguidores no habrían tardado en apoderarse del caudillo, si éste, que conocía los escondrijos de las orillas del "Leyes", no hubiera aprovechado las últimas sombras de la noche, para esconderse entre las pajas altas y tupidas que allí crecían.

Cuando fué día claro, los soldados del gobernador debían estar lejos, porque sin el rumor de los pájaros en las cañas, y el grito de los patos que pasaban, siguiendo el curso del arroyo, el silencio habría sido absoluto.

En aquellas vecindades no había ni gentes ni haciendas. Eran campos abiertos, de grandes propietarios, mal poblados con estancias aisladas, a pesar de que la ciudad no quedaba a más de cinco leguas.

En la refriega, el capitán Insúa fué herido en el pecho de un balazo, y aunque su herida no era mortal, comenzaba a temblar de fiebre, y sentía que si no lo curaban, podía morir allí, echado en la tierra pantanosa, sobre algunos co-

jinillos, junto a su caballo, que permanecía quieto, amujando las orejas a cada ruido sospechoso.

Todo el día lo pasó así, devorado por la sed. Sentía la bala hacia el hombro izquierdo, como una quemadura. Al entrar la noche, resuelto a desafiar todo peligro, montó a caballo con un esfuerzo doloroso, para llegar hasta el riacho. Bebió echado de bruces el agua turbia por la greda, y parecióle que su fiebre disminuía.

La soledad del paraje le dió ánimos para seguir costeando el arroyo hacia el norte, en busca de un vado para tomar el camino de Santa Rosa, o esconderse en una de las isletas, de sauces, como un paisano matrero.

Así anduvo dos horas, pero la fiebre se hizo tan violenta, que se sintió al fin de sus fuerzas.

El ladrido de un perro anuncióle una casa o una estancia cercana, y arriesgándose a todo, trató de llegarse a ella.

Cuando estuvo cerca reconoció el paisaje en el bosque de sombríos eucaliptus que rodeaban la estancia.

La noche era límpida, sin viento y sin estrellas; la luna estaba por salir, y parecía una aurora, tan intenso era el resplandor que la precedía.

El capitán Insúa conocía la casa, aunque no a sus dueños, y le tembló el corazón acordándose de la muerte del teniente Borja. Pero sintió

que iba a morir si pasaba una noche más a campo, y como allí podían ignorar los detalles de aquel suceso que ahora le remordía, llegó sin vacilar hasta la tranquera y llamó a gritos, que provocaron la furia de los perros.

Eran como las diez y las gentes dormían, pero Insúa oyó abrirse una puerta y poco después entró a caballo, guiado por el capataz, que, por lo extraordinario del caso, despertó a doña Carmen de Borja:

—¿El capitán Insúa?—dijo ella con un ligero temblor en la voz, que no advirtió el capataz.

—Pide permiso para pasar la noche—explicó éste.—Se encuentra herido y con fiebre.

Abrióse la puerta ante la cual se cambiaban aquellas palabras. Laura encendió la luz y el capitán Insúa entró en el gran comedor, casi desnudo de muebles y adornos, donde las damas lo aguardaban.

No fué cordial el saludo; un misterioso resentimiento envolvía los gestos de la dueña de casa, y su hija, cohibida por lo inesperado de la visita, no se mostró más amable.

La luna había salido, pero la noche pareció obscurecerse repentinamente, porque la masa negra de los eucaliptus, proyectó una sombra densa sobre toda la casa.

III

Durante cuarenta días que duró, con desesperantes alternativas, la enfermedad del capitán Insúa, "la casa de los eucaliptus" apareció más clausurada y misteriosa que nunca.

El gobierno habría pagado a peso de oro al que apresara al caudillo revolucionario, pero nadie sospechó dónde se alojaba, y llegó a creerse que se había ahogado, vadeando el arroyo.

Doña Carmen de Borja no se acercaba nunca a su huésped. Disponía las cosas con una obsesiva hospitalidad, y dejaba que Magdalena, la mujer del capataz, y aun Laura lo atendieran.

Una tarde, en el verano que ardía ya sobre los campos, el capitán Insúa escuchaba un relato de Magdalena, en la galería del este, desde donde se divisaba el riacho, por una calle abierta entre las resacas totoras de la margen.

Laura sentada allí cerca, escuchaba también, con el corazón oprimido por una inexplicable angustia, porque lo que relataba la mujer era la muerte de su hermano.

—Yo lo crié—decía Magdalena—y fué todo mi cariño; lo recibí de meses, el mismo día en que se murió el único hijo que he tenido y que era de su edad. El cambio me consoló de perder el mío. Ah! señor capitán; qué mal alma tuvo aquel que lo mató! Mi señora doña Carmen, que

habló con el niño Carmelo, poco antes de morir, debe saber el nombre del asesino, y nunca nos lo ha dicho.

Insúa se había puesto intensamente pálido; la mujer que contaba aquellas cosas, tenía los ojos bajos, llenos de lágrimas, y no lo vió; pero Laura, a quien había intrigado siempre aquel misterio, sintió un agudo dolor en el alma, pues adivinó en el gesto del hombre que palidecía, la página sangrienta de aquella vida.

—Oh, Dios mío!—exclamó apretándose el corazón.

Magdalena se levantó, llamada por la señora, y el capitán Insúa que oyó el suspiro de la joven, se le acercó.

—Laura! ¿qué tiene?

Días antes, él, ganado poco a poco, por la suave y serena belleza de ella, le confesó que la amaba, y ella, simple en sus actos y en sus pensamientos, le declaró lo mismo, con toda la vehemencia de su alma virgen. Convinieron en que él la pediría a su madre una vez que estuviera fuerte y pudiera irse, y que cuando se casaran, renunciaría él a sus locuras revolucionarias.

El único temor que asaltaba al capitán Insúa era de que algún día, la noticia de que él mató al hermano de Laura, pudiera destruir aquel amor que era ya toda su dicha.

Alguna vez sospechó que la madre lo sabía y

esquivaba su compañía; pero la hospitalidad y el afecto de que lo rodeaban deshizo sus temores y lo confirmó en el propósito de guardar su terrible secreto.

Esa noche Laura pensó que la muerte sería menos triste que su vida. ¿Qué iba a hacer ahora que tenía la intuición de que la sangre de su hermano la separaba como un río del hombre que era su dueño?

Su amor triunfó y también a ella le impuso el secreto. Si lograba esconder en el fondo de su conciencia aquel descubrimiento que había revelado a sus ojos con una luz despiadada la vida de él, y lo ocultaba de tal manera que ni él llegara a saber que ella sabía, ni su madre sospechara quién fué el que mató al hijo que lloraba, ¿por qué no había de poder amarle aún y ser su esposa?

En su alma sencilla, el problema quedó resuelto, y al día siguiente, como si tuviese temores de que sus ilusiones pudieran destruirse, rogó a su novio que hablara con su madre.

El capitán Insúa, que había pasado también una noche de angustias, temblando por su secreto, comprendió entonces que Laura nada había sospechado, y habló con la madre.

Y doña Carmen de Borja tuvo a su vez que reprimir los latidos tumultuosos de su corazón, que protestaba contra aquel amor imposible que le evoca-

ba la escena en que su hijo ensangrentado y moribundo le contó cómo había hallado la muerte.

Pero se jugaba la dicha de su hija, a la que no podía condenar a compartir su sombría soledad, y puesto que aquel secreto era suyo sólo, y podía guardarlo para siempre, pues el mismo matador parecía ignorar el nombre de su víctima, ahogó su venganza y otorgó el permiso.

IV

Los tres, defendiendo el mismo secreto, quedaron así atados al recuerdo del muerto, y "la casa de los eucaliptus" pareció tornarse más misteriosa, entre la obscura faja de árboles que gemían al viento.

A veces en las tardes serenas, los tres se reunían a conversar en la galería que daba hacia el riacho, pero cruzaban algunas palabras y se quedaban callados, sin que ninguno de ellos pudiera explicarse aquellos inevitables silencios.

Sólo Magdalena, la criada, como un perro fiel rondando el misterio parecía olfatearlo, y sus ojos enconados por la tristeza, declaraban a todas horas, a los tres tácitos cómplices, que si ella hubiera sabido, nunca habría perdonado.

G. MARTINEZ ZUVIRIA

(*La Nota.* Buenos Aires.)

530 -

Las ciencias naturales en la escuela primaria

LA dificultad de enseñar las Ciencias Naturales es mayor en las escuelas de Enseñanza Secundaria que en las Universidades, y en las de Enseñanza Primaria mayor que en las de Enseñanza Secundaria.

La dificultad de enseñar aumenta en sentido inverso al grado de enseñanza. La razón es la siguiente:

En cada ciencia natural el material acumulado es tan enorme que la tarea principal y no fácil del profesor es la *selección* de lo más necesario, lo más importante para la enseñanza inmediata.

Es natural que esta selección difícil para un profesor universitario, sea más difícil para el profesor de enseñanza secundaria y primaria.

Tal vez en la práctica no haya tal dificultad porque la preparación del profesor de enseñanza secundaria y primaria es generalmente insuficiente y la selección se hace fácil porque el caudal de conocimientos no es muy grande.

La selección debe ser más severa, más pensada, y hecha con más arte y ciencia en las escuelas primarias y secundarias que en las escuelas de enseñanza superior.

Y la causa es que interviene un factor nue-

vo: el alma del niño, su capacidad mental, sus inclinaciones, los defectos y las ventajas de su entendimiento, a los que el profesor debe atenerse si quiere enseñar bien. El profesor universitario no tiene esta tarea ante sí; para él lo más conveniente es considerar al estudiante como un ciudadano que viene a aprender, que sabe lo que quiere y lo que debe, que es alumno hoy y será amigo de tareas mañana.

Y para poder hacer esta selección con arte y con ciencia el profesor de enseñanza primaria debe tener un caudal de conocimiento mayor que el profesor de enseñanza universitaria, y en la escuela del porvenir, donde los intereses materiales no intervendrán tanto como hoy en los problemas de enseñanza, el niño tendrá al profesor más reconocido, más célebre, más sabio.

La enseñanza de las Ciencias Naturales en la escuela primaria es por lo tanto una tarea muy grave y las dificultades son tan grandes que es permitido preguntarse: tal vez conviene prescindir de esta tarea, pues si el niño saldrá de la escuela con ideas falsas, perderá el interés, el amor hacia la ciencia y en lo futuro aprendería sólo mecánicamente.

Ante todo es evidente el dilema: ¿qué se debe enseñar al niño? ¿El conocimiento de los hechos de que tratan las ciencias naturales o del cemento que une estos hechos, de las ideas en que la totalidad forman la concepción del mundo?

No hay duda que ya de una edad muy temprana el niño debe aprender un gran número de hechos, que se refieren a la vida que le rodea, y por la capacidad de su memoria se presta apto para aprenderlos, pero los hechos por sí solos no presentan el saber y aislados en el cerebro del niño quedarán pronto borrados por nuevas impresiones y por esta *economía de la memoria* que se resiste a guardar material puesto sin orden y sin ciencia; es sabido que el niño olvida pronto lo que aprende pronto.

Es pues necesario hacer una *selección* entre los hechos que se enseñan al niño. ¿Y con qué guiarse en esta selección? A nuestro modo de ver la selección de los hechos del dominio de las ciencias naturales que se enseñan al niño debe verificarse ajustándose a la regla siguiente: *aquellos hechos que demuestran que la naturaleza es bella, quedarán grabados en la memoria y alma del niño.*

Puede parecer una paradoja: al niño hay que enseñarle la filosofía de las ciencias naturales, hay que principiar con ellos donde termina el sabio. La vida no merecería ser vida, dice Henry Poincaré, al terminar una vida laboriosa y fecunda, si no fuera bella.

El niño recibirá con más facilidad una imagen que una descripción de un hecho cualquiera, sea muy exacta, muy verídica, y recibirá esta imagen con cariño si es bella, porque el alma del niño es sintética y no analítica y

por lo tanto es más apta para las ideas de la síntesis y no del análisis.

De las impresiones de lo bello vendrá el cariño y el amor hacia el universo, siempre misterioso, y hacia las Ciencias Naturales que se esfuerzan por penetrar en sus misterios, arrancárselos y apropiarse de ellos.

Bien, y en los dominios de las Ciencias Naturales (v. g. en mineralogía y geología que son de nuestra especialidad) hay material de sobra para demostrar que la naturaleza es bella, merece ser vivida, pensada y admirada.

El cristal con sus perfectas formas geométricas, con sus colores magníficos, un verdadero príncipe del reino mineral, que como los príncipes necesita condiciones peculiares para su desarrollo, libertad y espacio ante todo.

El cristal que, *nace, crece y muere* y vive más que millares de generaciones humanas; una simple roca, un grano de granito viejo, viejo de una vejez incalculable, que se destruye por el agua, por el viento, por el hielo y destruyéndose forma una roca nueva que también vivirá para ser destruída y así sin fin, vivir y morir, morir y vivir. Una montaña alta, magestuosa, inaccesible, capaz de sugerir hasta el miedo en la imaginación del niño, la montaña que crece, vive, y muere; el río que con una fuerza poderosa transporta millares de toneladas de mineral desde la montaña hasta los valles y el mar; el reino de frío perpetuo, de nieve penitente, de montañas de hielo que

se mueven lentamente hacia los valles para alimentar los campos del labriego, o destruirlos si se les antoja; el rayo de sol que deshace las piedras, y el sordo ruido en la montaña de las piedras desprendidas que llaman en la imagen de los mineros, niños también, espectros de magos buenos y malos; el fósil, el resto de un ser orgánico que ha vivido millones de años atrás y cuya imagen petrificada podemos contemplar, y mil hechos más, explicados al niño en una forma debida, tendrán el efecto de que ya hemos hablado: despertar en el alma del niño el amor y el interés hacia las Ciencias Naturales.

La sabiduría fría, exacta, puntual, vendrá después.

Enseñar al niño consideramos un arte, y el maestro debería tener como tarea principal amalgamar el arte con la ciencia.

MOISES CANTOR

(*Revista de Filosofía*. Buenos Aires).

El Puente de los Suspiros

De HOOD

*¡Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna despechada
Que por fin logró morir.*

*Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.*



*Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aún gotea el oleaje
Del naufragio del dolor.
¡Recogedla sin ultraje!
¡Recogedla con amor!*

*¡Ni una burla ni un agravio
Le hagan mente, o tacto, o labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;*

*Pensad sólo en sus angustias
Y sus manchas olvidad.
¿Qué hay en esas formas mustias
Que no implore caridad?*

*No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango, y solamente
Queda el oro de su sér.*

*Sus errores, sus deslices
¡Son de tantas infelices
Hijas de Eva! . . . Su contagio
Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.*

*¡Ricos eran sus cabellos!
Componedlos cual solía
Cuando, mísera, esperaba
Y creía en el amor.
¡Ah! decidnos, gajos bellos,
¿Dó está el peine que os peinaba?
¿Dó el humilde tocador?*

¿Quién sus padres nos diría?
¿Tuvo hermana, tuvo hermano?
¿O uno acaso más cercano
Y más caro todavía?

¡Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad!
¡Oh gran lástima! ¡oh avara
Inhumana humanidad!
¡Que a una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad!

¿Ya no hay padres, no hay hermanos?
¿Ya no hay vínculos humanos?
¿Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró?
¿Y aun la santa Providencia
A su grey desamparó?

Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tántas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;

*¡Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni dónde ir a llorar!*

*Y la endeble criatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de histérica pavora,
Al mirar de tanta altura,
Relumbrar siniestro el río.*

*Ya palpaba los dolores,
No sus duendes y terrores;
Ya sabía el cuento serio
Que la vida le enseñó;
Y tentábale el misterio
Que la fácil muerte esconde;
El transporte de lanzarse,
De exhalar en un segundo
Para ir ¿qué importa a dónde?
¡Fuera, fuera de este mundo!
Y esa idea devolvió
A su labio la sonrisa;
Dióse prisa y se lanzó.*

*Vén, alegre libertino,
A mirarte en esta escena
Que ameniza tu camino
Por el Támesis o el Sena.*

*Ven, recoge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
¡Brinda y bebe sin espanto
De esa espuma y sangre y llanto
Con que riegas tu jardín !*

*Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.*

*Componed sus miembros frígidos
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se revelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se les dé.
Y cerradle luégo, luégo,
Esos ojos ya sin fuego,
Que parecen los de un ciego
Que nos mira y no nos ve;
Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada
A abrazar la muerte fué.*

*¡Triste fin de una existencia
Aun más triste! En su demencia
La empujaron al abismo
La crueldad del egoísmo
Y la afrenta de su error.
Débil fue, mas no inocente.
Cruzad, pues, humildemente
Sus dos manos sobre el pecho.
Cual si orara sin despecho
Silenciosa y reverente;
¡Y delito y delincuente
Dejad ambos al Señor!*

RAFAEL POMBO

(El Marconigrama. Londres).

Bolívar, guerrero ⁽¹⁾

COMO guerrero pocos han luchado como Bolívar y por tanto tiempo y con enemigos tan poderosos y disciplinados como los que España le puso delante. Organizó y dirigió once campañas, desde la del Magdalena, en Nueva Granada, en 1812, hasta la del Perú en 1824 y 1825, y mandó en Jefe treinta y siete batallas campales, entre las que figuran las dos de Carabobo, la de Araure, las de Boyacá y Bomboná, y, finalmente, la de Junín. Como guerrero, por otro aspecto, Bolívar es único, y apenas si pueden señalarse semejanzas más o menos acordes con el escenario y la época en que actuó.

La disciplina y la audacia triunfan con Alejandro en los antiguos tiempos. Las tres batallas que le abrieron el Asia fueron decididas por las falanges macedónicas que él mismo mandaba y que arrojaba sobre masas estúpidas y confusas. En el Gránico y Arbelas vence él con Grecia sobre Persia, la civilización sobre la barbarie, la libertad occidental sobre el despotismo de Oriente, pero el siglo de Alejandro fue para Grecia el suntuoso y triste crepúsculo

(1) Capítulo de un libro inédito.

que precede al ocaso del sol. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica. Aristóxenes refiere en sus *Memorias* que su cuerpo exhalaba grato aroma; que manaba de su boca y de toda su persona un olor delicioso que perfumaba sus vestidos. Sus ojos eran vivísimos, agrega Plutarco, llevaba el cuello ligeramente inclinado hacia el hombro izquierdo, y su tez era muy blanca y esa blancura tomaba el tinte de la rosa en el rostro y en el pecho. Llevaba consigo la *Ilíada*, considerándola como el oráculo del arte militar; por la noche la guardaba bajo su cabecera con su espada. Llegado a Troya, subió al templo de Minerva e hizo un sacrificio a la diosa y libaciones a los héroes; regó con aceite y colocó una corona sobre la tumba de Aquiles. Su pasión fue la gloria, la fama su fin. Ser aplaudido y coronado de rosas en Atenas, hé ahí el ideal de sus conquistas; mas no traspuestos aún los umbrales de la juventud, embriagado con las delicias de Oriente, cubierto de laureles, fallece, como había nacido, porfirógénito, entre la púrpura y el vino. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica, por eso decía Chateaubriand que es el hombre que más se ha asemejado a los dioses inmortales!

Aníbal fue el primer militar que mostró dotes estratégicas, y, según Napoleón, no tuvo par en la antigüedad. El, colocando la infantería en el centro, la caballería en las alas y al frente la artillería, inventó el orden de batalla

que en las más tormentosas épocas del mundo fué la cartilla de los guerreros, la de Gustavo Adolfo, Condé, Turena y el gran Federico. Su vida fué la más vasta, la más grande, la más enérgica del mundo. A los nueve años ciñe la espada y jura venganza en el altar de sus padres. Increíblemente audaz para correr hacia el peligro y maravillosamente prudente en él, nos dice Tito Livio; infatigable de cuerpo y de espíritu, dormía sobre el suelo, cubierto con su capa; frugal, sufrido, descuidado en el vestir, se le distinguía sólo por sus armas y sus caballos; era el primero en llegar al combate, y el último en retirarse. Con *una tropa de salvajes*, al decir de Polibio, escala los Alpes cuando la nieve cubre las montañas, y, desde su cima, reanima los corazones de sus soldados mostrándoles con el dedo las fértiles llanuras que riega el Po, los jardines de Italia y la campiña romana. Acampa en los pingües campos del Piamonte, avanza sobre Turín, sobre Milán; vence al enemigo en las orillas del Tesin, después en las del Trebia; franquea los Apeninos y los pantanos del Arnó; desbarata al Cónsul Flamínio en el lago de Trasimene; costea el Adriático, descende hacia Apulia, y, describiendo un semicírculo, se cierne, como un águila sobre su presa, sobre Roma. En Cannas parece sucumbir para siempre el valor latino, y Aníbal, ebrio de triunfos, se entrega a las delicias de Capua, mas para luchar aún catorce años, para desplegar todo el poder de su ge-

nio, para marchar, correr, volar de ciudad en ciudad, de confín en confín, para caer y levantarse y escapar y aparecer, como el Terror, ante Roma. Su fin fue la libertad de su patria, y el odio inmisericorde a los enemigos de ella, el resorte de su acción. Traicionado y perseguido, después de cincuenta años de brega, cuando ya no puede luchar más, toma el veneno y muere por una causa santa; la más santa de todas, la resistencia contra el usurpador extranjero.

El genio guerrero de Julio César se mostró en el arte de acampar, asaltar y fortificarse contra los ataques de los bárbaros. En menos de diez años que ha durado su guerra en las Galias, dice Plutarco, ha tomado por asalto más de ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones diferentes y combatido, en batallas campales, contra tres millones de enemigos. Es el mortal más completo que ha vivido jamás. Tuvo todas las seducciones humanas: era fuerte, bravo, arrogante, elocuente, noble, pródigo, elegante, hermoso; vencedor de Grecia, respetó sus glórias y dió libertad a los vencidos de Farsalia, diciéndoles: "os salvan vuestros grandes muertos"; vencedor en Alesia, la destruye, la arrasa en sus cimientos, y unce Vercingétoris a su carro triunfal. Tuvo todas las virtudes y todos los vicios: gran político, gran orador, gran guerrero, gran escritor, gran seductor, y todo sin escrúpulos; fué su pensamiento triunfar y dominar sobre todos

y conquistar a Roma, su patria, que había conquistado el mundo. Mas, cuando sueña en ensanchar aún las fronteras del imperio; vengar a Craso sobre los partos; domar los dacios y getas y agregar a sus hazañas las de Alejandro, regresando de las márgenes del Indo circundado de gloria inmarcesible, César, como una bestia feroz acorralada por los cazadores, se debate en el Senado, entre los puñales de sus amigos, hasta caer cubierta la cabeza con su toga, al pie de la estatua de Pompeyo!

Federico, el grande, descubrió el arte de emplear las armas: infantería, caballería, artillería, según las condiciones del terreno. En Leuthen, batalla que Napoleón llamó su obra maestra, dió grande importancia a la infantería, provista ya del fusil de bayoneta, inventada por Vauban, el primer ingeniero de su tiempo, quien por tal reforma fue el verdadero fundador de la táctica moderna. Pensaba que la mejor defensiva era la ofensiva, y a su tenacidad en las retiradas y actividad en las victorias, sus más heroicas virtudes, debió el hacer frente durante siete años a una coalición de naciones: Francia, Austria, Rusia. Guerrero extraordinario, genial administrador, fundó la grandeza de Alemania; político escéptico, preparó la descuartización de Polonia; filósofo impío; elegante escritor francés; comentador de Maquiavelo y Montesquieu en sus ocios de Sans-Souci; clásico historiador; poeta aun en los campos de batalla; amigo de to-

do lo grande y todo lo bello, y amigo de Voltaire!

Napoleón dió importancia capital a la topografía y al estudio minucioso y científico de los mapas, esto es, aplicó las matemáticas a la guerra. "El terreno es el tablero de un general, decía; su buena o mala elección decide de su talento". Fue maestro consumado en la dirección de los movimientos generales, en los planes de campaña y en el arte de escoger el punto propicio para herir y de buscar, para vencer, un aliado en el terreno y un presagio seguro en la superioridad de la fuerza. "Calculaba bien, marchaba con celeridad, y la fortuna hacía el resto." Prefería a las grandes y pesadas masas de combatientes, los pequeños y ágiles ejércitos que movilizaba y hacía maniobrar como fichas de ajedrez: "No es el gran número, conversaba en Santa Elena, el que proporciona la victoria. Alejandro derrotó trescientos mil persas con veinte mil macedonios. Los planes más audaces fueron siempre los que mejor me salieron".

Napoleón fué también legislador y, a su pesar, propagandista de la revolución: "He dado un código a Francia que sobrevivirá a los demás monumentos de mi poder"; dió al mundo portentosa lección de energía, que guarda intacta, como preciosa herencia, el pueblo francés; pero guerrero ante todo y sobre todo llevó el arte de la guerra a su perfección y dió la última mano al gran cuadro heroico de la his-

toria, prestándole una sublimidad cuasi divina que no podrán ajar los siglos. Su quimera imperial ha devorado, entre 1804 y 1815, más de un millón setecientos mil franceses, a los cuales hay que agregar dos millones de hombres extranjeros, muertos a título de aliados o de enemigos. "Sólo tres bellos días cuento en mi vida, decía: Marengo, Austerlitz y Jena". ¡Cuánta gloria en tres palabras!

Bolívar, sin inventar nada, reunió asombrosamente casi todas las pujanzas y virtudes de sus predecesores. En Junín, Carabobo y Bomboná mostró el arrojo olímpico de Alejandro; en la campaña de Boyacá fué un nuevo Aníbal, más grande por haber vencido más grandes obstáculos; tuvo la seducción, la elocuencia, el estilo, las debilidades y el genio pasmosamente múltiple de César; el talento, el buen gusto, la actividad, la constancia, el rictus de impiedad del gran Federico; la visión aquilina y la rápida y segura ejecución de Bonaparte, y, más que todo, la audacia, la férrea voluntad, el sublime coraje, el sublime rencor y el sublime ideal de Aníbal. Como él, Bolívar lucha no sólo con los hombres sino también con los elementos: "Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclama entre las ruinas de un terremoto, lucharemos contra ella y la someteremos"; como él, lo guía una divina venganza, la más digna de las pasiones humanas, contra el brutal español y todo lo que él significa de fanatismo, superstición y tiranía:

“Diga usted a su rey y a su nación, le dice al gobernador de Cartagena que le proponía tratados de paz en nombre de Fernando VII, que el pueblo de Colombia está resuelto a combatir por siglos y siglos contra los españoles, contra todos los hombres, y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España”; recorre más espacio en América que los Tamerlanes y Gengiskanes en Asia; escala con ejércitos salvajes las más altas montañas, acampa en los más inclementes desiertos y vadea los mayores ríos. En todas las cosas se ha instruido no por la especulación sino por la práctica, y como Napoleón que se jactaba de que nada había en la guerra que no pudiera hacer él mismo: “Si no hay nadie que haga pólvora, yo sé fabricarla; sé construir cureñas, sé fundir cañones”, Bolívar era competente para todas las faenas, desde las más elevadas: estrategia, diplomacia, legislación, hacienda, hasta las más bajas y manuales, pero importantes para el éxito de la guerra. Véase, si no, aquella célebre carta, escrita en vísperas de Junín, en la cual daba minuciosas instrucciones a sus intendentes y proveedores sobre los potreros, pastos, aguas que debían servir para engordar las caballerías que iban a decidir la gran batalla; sobre la calidad, espesor, dimensiones de las herraduras, clavos, etc. Ante los asombrosos éxitos alcanzados puede afirmarse, pues, sin vacilar, que todas las órdenes, instrucciones, ordenanzas, decre-

tos del Libertador, fueron obras maestras de previsión, de buen juicio, de tino, de genial competencia.

Tenaz, cínico, calculador, astuto, fecundo, terrible, colérico, indolente, enamorado, cruel, todo como el cartaginés, murió como él en la tristeza y la desolación, pero más afortunado, viendo vencidos a sus enemigos y libre a su patria. Sabio legislador, pero mal político, lo mismo que Napoleón, no tuvo como él la ambición de Alejandro y de César, la de los conquistadores que aspiran a dominar y reinar en una patria engrandecida por ellos. Aníbal y Bolívar fueron héroes y mártires de la libertad y del derecho. Todos tienen sobre el Libertador, es cierto, la excelsitud y esplendidez del escenario y la maravillosa pátina de los siglos.

CORNELIO HISPANO

1916.

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

Consideraciones sobre "Don Juan"

560 -

CON la visita a las tumbas de este gris noviembre, de nostalgias y esplines, llega todos los años la evocación de aquel simpático descarado por quien las tumbas se poblaron, el "gallardo y calavera" Don Juan del alma mía. Cinco teatros de Madrid representan el drama de Zorrilla ante una sala llena. Enrique Borrás, el prestigioso actor y el más ilustre tenorio de este año, es un Don Juan mitigado pero admirable. ¿Confesaré que me place la obra entrañablemente? Sonreiré por supuesto de algunos "ángeles" o "palomas de amor", sonreiré cuando la metáfora adulzorada y sevillana tiene prolijidades de arabesco. Nuestro realismo minucioso admite difícilmente espectros y ánimas en pena. Pero en conjunto "Don Juan" deja en nosotros la resonancia de un drama de Calderón. "La vida es amor....." y sueño a ratos.

Parece un acto sacramental, una tragedia mística. El gran conflicto escolástico de los siglos medios entre la predestinación y la libertad, aquí se resuelve de la más simpática y española manera. "Está de Dios" que Don Juan se salve.

Se respetará, sin embargo, su libertad, su albedrío, pero, mostrándole en una fantasmagoría la muerte próxima, se le invita eficazmente al acto de contrición. Es un "acomodo con el cielo", uno de esos santos tartufismos que inventara a menudo la caridad peninsular y sobre todo la andaluza. Triunfan la gracia santificante y la voluntad de una mujer.

No olvidéis que estamos en la tierra de María Santísima. Y es una delegada suya, una de esas pálidas y meladas sevillanas de Murillo, la que llega del otro mundo a rescatar el alma del amador. ¡Cuál tarea más santa y cuál rescate más profano! El pecador no sabe si se convierte o ama, la religión y el amor se asocian, la ruta al cielo se transforma en un viaje de novios.

Pero hay muchos otros "españolismos" que voy notando al pasar para comprender el éxito asombroso de este drama. Todo es innegablemente español aquí. Lo es la arrogancia fanfarrona con las mujeres. Mirad en la calle el desenfado con que la requiere de amores el más hampón transeunte. Recordad la facilidad con que Don Quijote, a pesar de su mala catadura y su fino entendimiento cree y razona el amor rendido de Altisidora. Es española—leed cartas de novela popular y los "avisos" amatorios de los periódicos—este intelecto de amor florido, este arábigo lujo de tropos con que se adorna

aquí la frase apasionada. Y la aventura donjuanesca, la conquista por la conquista más que por la presa, el afán sin tregua ni término, están delatando la voluntad antigua de Teresa, de Quijote, de Ignacio. ¿No es idéntico tesón con objetos diversos? Un corazón, el cielo, la ínsula, Dulcinea, doña Inés, todo es semejante blanco para la puntería de estas almas certeras y aceleradas. Esa misma recomendación devota, esa idea del Cielo como un concurso en donde amistades y compadrazgos pueden aprobar o suspender al postulante, ¿no la hemos compartido todos, cuando creíamos? Y en fin, las vacilaciones de Don Juan en el cementerio y en el banquete, su brusca duda sobre la realidad del mundo—por donde Calderón se acerca a la filosofía alemana—¿no fué siempre como en tan castiza aventura de Segismundo, el minuto de fatiga en el esforzado, el minuto en que el árabe soñador suplanta al capitán de tercios de matarifes?

Es español nuestro héroe, pero es también universal. ¿Quién no lleva un Don Juan adentro? Un Don Juan que no siempre puede salir a luz pero sueña, por lo menos, en ver rendidas a todas las mujeres. El Tenorio es nuestro mal pensamiento, nuestro querido mal pensamiento de los veinte años. Los tuvo siempre este hombre y fué tal vez su tragedia. La nuestra es no tenerlos sino una vez. Envejecemos. A la pereza de

corazón le llamamos fidelidad, y al miedo a la aventura "sentar la cabeza". Pero con melancolía sedentaria miramos a los divinos nómades del amor para quienes tiene un sentido terrible la palabra eterno.

Fué el resquemor de Don Juan. ¡Cariño eterno! ¿Existe acaso? Cuantos han amado os dirán, si son sinceros, que se disipa luego, por lo menos, la dulzura del primer diálogo y la virginal torpeza del beso. Amarse es pronto una costumbre y un confort. No mudamos muchas veces de mujer ni de domicilio, por no desordenar algunos pensamientos y algunos libros.

Pero allí, en cualquiera esquina, emboscada nos espera la mujer ideal—ideal porque es distinta, encantadora porque el hálito no la ha desprestigiado aún. Si la aceptamos, pasará luego este minuto como los otros. En vano los poetas, urgentemente cordiales, están urdiendo halos morosos para la pasajera santidad del amor. Toda la lírica no ha sido sino un reproche al cariño que se disipa, que no puede menos que disiparse. ¡Pólvora en salvas! Quizá no existe la Elegida, la Única. No siempre fué mala ventura si no le dimos a Dulcinea tan soñado entendimiento de hermosura que en ninguna venta del mundo la hallaremos. No me extraña que un gran poeta haya tenido por compañera de su vida a una cocinera. Si no llega la que no pue-

de venir, ¡qué más dan fregonas o marquesas!

Vamos tropezando por supuesto con lo que Schopenhauer llamaría las emboscadas de la especie. Esta mujer que pasa, es precisamente y con urgencia, la felicidad. Sigámosla, abandonemos todo para seguirla hasta la esquina en donde la trocaremos por cualquiera otra. La primavera páfida colabora a estos altos de gala en el camino. Todos hemos sentido en esos peligrosos días tibios, macerada el alma en ternuras, la necesidad de balbucear sandeces o penas viejas. "Lloró sobre mi chaleco", dice la burla de Francia. ¡Sobre cuántas blusas que pasan vamos a hacer lo mismo? Instalaríamos en un pisito discreto a cada mujer y si nos niegan la golosina, somos capaces de no dormir según el código romántico.

¿Compartió Don Juan tales ansias? Lo anterior me parece expresar precisamente "lo que no sintió Don Juan". Tuvo demasiada salud espiritual para hacer el ridículo como Alfredo de Musset en Venecia. Estaba en primavera siempre. Si quisiéramos valernos del manoseado mito griego, diríamos que la flecha de este arquero ejemplar, iba directa al blanco. Era el halcón de las monterías viriles y no esta golondrina nostálgica de aleros en que ha venido a simbolizarse nuestro vacilante y cobarde amor. Mi amigo Giovanni Papini, el admirable florentino, escri-

bió un cuento: "El hombre que no pudo amar". Era Don Juan. Estoy de acuerdo si reputamos al amor como un abandono, como una entrega. Y Don Juan no se ha entregado nunca. Le gusta hojear mujeres. Es un precoz aficionado al "roman psychologique" de cada vida. Le suponemos ahora como un Sthendal curioso infinitamente. No dirá, como los vulgares amadores, que todas las mujeres son iguales. Sabrá discernir en cada cual gracia y modales sin duplicado. Y concebimos que pueda sentir, al envejecer, la melancolía del quírnico moribundo sin haber agotado las experiencias. Por este resquicio tiene cabida la mística. ¡ Miseria ! No podemos acaparar todos los éxitos. Mil y tres dicen que fueron los suyos. Pero hay millones de enamoras probables. Y ante la melancolía de esta parquedad, excuso que un espíritu delicado vaya a la iglesia para emplear su amor sobrante. Ya, por lo demás, el amor a Inés significa la fatiga de Don Juan. Dice que ama en ella la virtud y esto infiere vejez. Para los paladares estragados fué siempre condimento la pureza. Pero el buen apetito de Casanova acepta todo, monja u horizontal, sin preferencias.

Se ha enmohecido la veleta. Desde entonces ya no nos interesa o nos seduce de otro modo. Nietzsche hubiera seguido en este Juan amortiguado, la trepadora floración de la "mala con-

ciencia". Considerado como la lucha del catolicismo en un alma fuerte, el drama se profundiza y se eterniza. Don Juan es el instinto joven. Tal vez prolonga la selvática independencia del bárbaro. Me lo figuro como un mozo visigodo a quien de pronto unos hombres tristes le enseñan a llamar pecado su ardor pánico. Se va a reir algunos años, retando hasta a las sombras en un desacato pueril y exagerado, pero el morbo está dentro y el morbo se llama remordimiento. No me digáis que es sólo el drama de un mozo calavera. Toda España está aquí debatiéndose con una tristeza importada de Samaria. ¡Y otra vez has vencido, Galileo!

Mas, combatiendo al amor la Iglesia le ha dado vida nueva aunque enfermiza. Al habituar a escarbarse la conciencia en el examen penitente, abre el camino de la "delectación morosa" que tanto combatieron los teólogos. Se saborea dos veces el pecado, al cometerlo y al expiarlo. Además, el seductor cobra el prestigio diabólico de Fausto. Mientras más cándida sea Margarita, más fácilmente la misión evangélica de convertir al pecador, la entrega desarmada. Doña Inés vence al cabo, mas no olvidamos que su galeote de amor está ya un poco neurasténico.

Porque no podemos imaginar a Don Juan detenido en una aventura. Aquí no hablamos sólo del personaje de la ficción, sino del "homme-a-

femmes" que todos hemos visto alguna vez. Pone su genio en su vida como Wilde. ¿Concebimos a un novelista que no escribiera más novelas porque la postrera fué excelente? En el amor hay también una especie de producción constante, de genio creador. Tal vez ninguna gloria se equipara a la del viviente drama en tres actos, a la del sublime tríptico: la fresca matinal de la primera escaramuza, la gloriosa certidumbre de poseer y la crueldad del abandono. ¿Crueldad? Don Juan no puede mirar atrás. Su error es ayer y su obra de arte es mañana. Manón sería su amante ideal; pocas mujeres se llaman así; las más Ofelia o Gretchen.

Gajes del oficio son las quejas de la mujer preterida, pero muy útiles para el seductor las jermiadas. Por cada Ofelia muerta, se duplica el prestigio de Hamlet. Y está probado que cuando se quema una falena en la lámpara, acuden parvadas al reclamo. En el amor al peligro ha hallado un francés filósofo la mejor base de la moral. En el mismo fundamento reposa el amor de las mujeres. Cuando la señora de Bovary se va a la cita con Rodolfo, su mayor deliquio es pensar que el excelente Carlos podría despertarse y sorprenderla. Por lo demás, poco les importa llorar después. Para consolarlas siempre hay iglesias iluminadas, la fantasmagoría del enamorado místico. Tienen allí el asilo las inváli-

das de corazón que verán a Dios. Y es la más admirable contribución del catolicismo al amor, la de haber enseñado a las víctimas de Don Juan que hay un sabor excelso en las lágrimas.

VENTURA GARCIA CALDERON

(El Figurv. Habana.)

Valor social del árbol

*V*a bien de día despertamos en las tierras maravillosas de Navarra. Es la región del culto a los árboles. Durante dos semanas hemos podido recorrer el llano y la sierra, desde las vegas de Peralta a las cumbres de Roncesvalles, con esta deleitosa contemplación de que el árbol es para los navarros algo entre familiar y evangélico, principio y fin, como el Verbo en el Credo católico.

En el campo y en la ciudad, en los huertos pequeños como en los bosques dilatados, el navarro cuida los árboles con un amor de novio y una ternura paternal. Se diría que el ciudadano y el campesino tienen conciencia de este apostolado; que nacen con el culto a sus árboles, como con el culto a sus fueros; que sienten toda la generosidad, toda la poesía, toda la utilidad social de los árboles, como Horacio o como Wat Withman.

Porque el árbol, que da sus frutos y su sombra, sus troncos para construir y su leña para el hogar, es moralmente el símbolo generoso, la dádiva sin interés, el bien sin miramientos de recompensa.

PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
— DEL —
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

Valor social del árbol

*V*a bien de día despertamos en las tierras maravillosas de Navarra. Es la región del culto a los árboles. Durante dos semanas hemos podido recorrer el llano y la sierra, desde las vegas de Peralta a las cumbres de Roncesvalles, con esta deleitosa contemplación de que el árbol es para los navarros algo entre familiar y evangélico, principio y fin, como el Verbo en el Credo católico.

En el campo y en la ciudad, en los huertos pequeños como en los bosques dilatados, el navarro cuida los árboles con un amor de novio y una ternura paternal. Se diría que el ciudadano y el campesino tienen conciencia de este apostolado; que nacen con el culto a sus árboles, como con el culto a sus fueros; que sienten toda la generosidad, toda la poesía, toda la utilidad social de los árboles, como Horacio o como Wat Withman.

Porque el árbol, que da sus frutos y su sombra, sus troncos para construir y su leña para el hogar, es moralmente el símbolo generoso, la dádiva sin interés, el bien sin miramientos de recompensa.

En el orden poético, los árboles de Virgilio y de Rousseau representan la suavidad de las "Geórgicas" y la melancolía de las "Confesiones". Los árboles de Giotto y de Leonardo, la ingenuidad de "La huida a Egipto" y el desmayo inefable de la "Anunciación"; los árboles de Beethoven y de Wagner, la gracia rústica de la Pastoral y el gigante concierto de "Los murmullos de la selva".

Pero, además, el árbol avanza socialmente desde el campo a la ciudad no como un paria, sino como un liberto. En las grandes urbes modernas, las calles más lujosas y aristocráticas se marcan por dobles filas de árboles. Los hoteles más suntuosos tienen como el mejor ornato sus frondas. Las universidades, los cuarteles, los hospitales, las iglesias, todo gran edificio nuevo, se adorna con la pompa de sus ramajes. Diríase que el árbol es un nuevo barómetro de la civilización.

El pleito entre la industria y la agricultura por la hegemonía social parece haber hallado en el árbol un arbitrio prudente y satisfactorio. Porque, en lo porvenir, los campos no serán la gleba desolada y dura que empujara a Espartaco y a la Jacquerie contra la ciudad egoísta, sorda al dolor de

los esclavos y de la tierra. En lo porvenir, la ciudad ha de llevar al campo las magias de su química y los conjuros de su arte agricultor.

De hoy más tampoco la ciudad será la masa gris y triste de casas apretándose en la agonía de un asmático, como las viera Dickens y las llorara Verhaeren.

El campo enviará a la ciudad sus árboles, el incensario de sus fragancias, la orquesta de sus pájaros escondidos.

Este doble valor social del árbol—salud rústica de la ciudad y arte delicado en la campiña—es el mito de Triptolemo, cantado por Meleagro en la Antología:

"—Ven, Lena, entre los árboles. A las puertas de la ciudad llegan las puntas de sus ramas y los murmullos de sus hojas. En sus frondas están los dioses rústicos: Pan, el del caramillo, y Triptolemo, el sembrador. Pan se ocultará al verte, porque es un viejo sátiro que tiembla al mirar un brazo desnudo. Mas Triptolemo no se ocultará, porque es un joven casto y fuerte, atento sólo al cuidado de sus laureles y a la poda de sus viñas."

CRISTOBAL DE CASTRO

los esclavos y de la tierra. En lo porvenir, la ciudad ha de llevar al campo las magias de su química y los conjuros de su arte agricultor.

De hoy más tampoco la ciudad será la masa gris y triste de casas apretándose en la agonía de un asmático, como las vjera Dickens y las llorara Verhaeren.

El campo enviará a la ciudad sus árboles, el incensario de sus fragancias, la orquesta de sus pájaros escondidos.

Este doble valor social del árbol—salud rústica de la ciudad y arte delicado en la campiña—es el mito de Triptolemo, cantado por Meleagro en la Antología:

“—Ven, Lena, entre los árboles. A las puertas de la ciudad llegan las puntas de sus ramas y los murmullos de sus hojas. En sus frondas están los dioses rústicos: Pan, el del caramillo, y Triptolemo, el sembrador. Pan se ocultará al verte, porque es un viejo sátiro que tiembla al mirar un brazo desnudo. Mas Triptolemo no se ocultará, porque es un joven casto y fuerte, atento sólo al cuidado de sus laureles y a la poda de sus viñas.”

CRISTOBAL DE CASTRO

La alegría de la guerra

LA guerra es alegre. El cronista ha visitado recientemente el frente inglés en Francia y jamás se ha cruzado con un grupo de soldados británicos sin oírles cantar canciones humorísticas. En cuanto se ha acercado al cañoneo, en cuanto ha visto estallar granadas cerca de su automóvil no ha sentido más que un sólo deseo: el de echar a correr hacia adelante, el de asomarse a las trincheras de primera fila, el de agarrar un fusil y ponerse a disparar tiros, el de embestir a la bayoneta. Y el cronista no es ningún valiente, sino hombre profundamente susceptible al miedo. Mas por lo mismo que sabe muy bien que el miedo se apodera, en cuanto se lo consiente, hasta de la última de sus fibras, también sabe que el placer máximo del hombre consiste en dominarlo y superarlo.

Pero este sentimiento es en él nuevo, y conviene analizarlo. El cronista se ha-

bía refutado con argumentos el principio pacifista.

Por principio pacifista no entiende el deseo de paz, porque éste debe ser común a todos los hombres de ideas morales, sino la convicción de que la paz—la vida humana—es el valor supremo. Esta valoración es falsa. Antes que la vida está el honor. Por honor entiendo la obligación que tenemos todos los hombres de mantener la justicia.

El principio de la guerra por la guerra es malo, porque la guerra es en sí un mal. Pero peor que la guerra es la injusticia. La verdadera escala de valores es ésta: 1º, la justicia y la paz, que no necesita de ser interpretado; 2º, la justicia y la guerra o la guerra por la justicia. Estos dos estados expresan categorías positivas de bondad. Después de ellos se puede enumerar los siguientes: 3º, la guerra por la guerra, es decir, la guerra por el placer de pelear. Este estado es un mal, pero no tan malo como este otro: 4º, la guerra por la injusticia, es decir, la guerra emprendida al objeto de dominar o explotar al extraño. Pero este mismo estado es muy superior a este otro: 5º, la paz por la injusticia, es decir, la decisión

bía refutado con argumentos el principio pacifista.

Por principio pacifista no entiende el deseo de paz, porque éste debe ser común a todos los hombres de ideas morales, sino la convicción de que la paz—la vida humana—es el valor supremo. Esta valoración es falsa. Antes que la vida está el honor. Por honor entiendo la obligación que tenemos todos los hombres de mantener la justicia.

El principio de la guerra por la guerra es malo, porque la guerra es en sí un mal. Pero peor que la guerra es la injusticia. La verdadera escala de valores es ésta: 1º, la justicia y la paz, que no necesita de ser interpretado; 2º, la justicia y la guerra o la guerra por la justicia. Estos dos estados expresan categorías positivas de bondad. Después de ellos se puede enumerar los siguientes: 3º, la guerra por la guerra, es decir, la guerra por el placer de pelear. Este estado es un mal, pero no tan malo como este otro: 4º, la guerra por la injusticia, es decir, la guerra emprendida al objeto de dominar o explotar al extraño. Pero este mismo estado es muy superior a este otro: 5º, la paz por la injusticia, es decir, la decisión

de aguantar toda clase de injusticias antes de decidirnos a arrostrar la muerte por la defensa del derecho.

De la justeza de esta escala de valores estaba perfectamente convencido el cronista antes de visitar el frente. Su visita no ha alterado ni poco ni mucho esta convicción fundamental. El bien máximo es la paz justa; el bien mínimo, la guerra justa. Pero el mal mínimo es la guerra injusta. El mal supremo, el bochorno, la deshonra, la paz injusta. Antes la muerte. Y esta escala de valores no reza únicamente para los conflictos internacionales, sino también para los internos.

Lo que el cronista no sabía antes de visitar el frente inglés en Francia es que la guerra pudiera ser alegre. Sus ideas sobre la guerra las había tomado de los grandes novelistas del siglo XIX y especialmente de Tolstoi y de Zola. Tolstoi y Zola y muchos generales, pintan la guerra como un infierno de terrores, dolores y fatigas.

El cronista no había reparado hasta hace pocos años en que la visión que un buen novelista tiene de la vida tiene que ser pesimista desde el punto de vista

humano. Y ello por la razón sencillísima de que en toda novela nos pinta el paso de un individuo, el héroe o la heroína, por el mundo. El mundo queda; el individuo se va, y todos sus sueños de felicidad se desvanecen. Hay novelas en que el autor termina anunciándonos la futura felicidad del héroe. Sólo que esta promesa se queda en promesa y no se cumple nunca. Las grandes novelas son las que conducen el héroe a la muerte. Novela que no acabe con la muerte del héroe no es de primera clase.

De todos los aspectos de la vida, la guerra es uno de los menos desagradables. Si en vez de buscar mis textos entre los grandes novelistas hubiese apelado a mis recuerdos de infancia, habría caído en la cuenta de que la visión de los novelistas es parcial. Cuando yo era niño estaban frescos en torno mío los recuerdos de la carlistada. Carlistas y liberales los evocaban a diario. Y claro está que muchos de ellos no eran agradables. Hambres, fatigas, fríos, insomnios, hospitales, hedor de carne purulenta.

Pero ¿habéis conocido un soldado que no se goce del recuerdo de los dolores de la guerra? Por encima de la memoria del

humano. Y ello por la razón sencillísima de que en toda novela nos pinta el paso de un individuo, el héroe o la heroína, por el mundo. El mundo queda; el individuo se va, y todos sus sueños de felicidad se desvanecen. Hay novelas en que el autor termina anunciándonos la futura felicidad del héroe. Sólo que esta promesa se queda en promesa y no se cumple nunca. Las grandes novelas son las que conducen el héroe a la muerte. Novela que no acabe con la muerte del héroe no es de primera clase.

De todos los aspectos de la vida, la guerra es uno de los menos desagradables. Si en vez de buscar mis textos entre los grandes novelistas hubiese apelado a mis recuerdos de infancia, habría caído en la cuenta de que la visión de los novelistas es parcial. Cuando yo era niño estaban frescos en torno mío los recuerdos de la carlistada. Carlistas y liberales los evocaban a diario. Y claro está que muchos de ellos no eran agradables. Hambres, fatigas, fríos, insomnios, hospitales, hedor de carne purulenta.

Pero ¿habéis conocido un soldado que no se goce del recuerdo de los dolores de la guerra? Por encima de la memoria del

dolor está la alegría de haberlo sobrevivido. Y hay un placer propio de la guerra que lo compensa todo: el de no vivir para uno mismo, el de sentirse vivir en un regimiento, en un ejército, en una causa, en algo más grande que uno mismo.

No creáis que este placer es sólo asequible al general que dirige los combates o al político que dirige la guerra. Hasta al último soldado llega, más o menos, la conciencia de estar peleando por una causa superior. Claro está que me refiero aquí meramente al ejército que combate por la justicia. Pero hasta el soldado que combate por una causa injusta pelea también por algo superior a sí mismo. El soldado que se dice: "No sé quién tiene razón en esta guerra. Lo que sé es que de este lado pelean los míos, y con ellos estoy", también puede tener tranquila la conciencia, aunque no tanto como aquel otro que diga: "Los míos están de este lado; la razón, del otro; y yo, con la razón."

La guerra puede ser horrible cuando se obliga a pelear a un hombre contra su conciencia; o cuando se dirige mal y se somete a los soldados a mayor cantidad

de fatigas, de privaciones o de tensiones nerviosas de las que pueden soportar sus naturalezas.

Pero cuando existe en el soldado la conciencia de la justicia de su causa, cuando su alimentación es suficiente, cuando tiene bastante vestuario para afrontar el frío, cuando no abusa el mando de sus fuerzas y cuando se le trata con respeto, la guerra es alegre, ha sido siempre alegre, tiene que ser alegre. Si no fuera alegre, no la soportarían los hombres.

A la idea de la muerte se familiariza el soldado ya horas antes de entrar en fuego. Puede venir en cualquier momento. No es razón para entristecerse. Ya se sabe que puede venir. Vendrá cuando Dios quiera. Contra la muerte nada puede el hombre. Contra lo que puede es contra el miedo. En esta batalla sí que no es posible alcanzar la victoria. Y es cosa inexplicable, pero positiva. En cuanto se ha logrado dominar el miedo, el alma se nos llena de alegría. Y esta es la alegría de la guerra.

RAMIRO DE MAEZTU

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

de fatigas, de privaciones o de tensiones nerviosas de las que pueden soportar sus naturalezas.

Pero cuando existe en el soldado la conciencia de la justicia de su causa, cuando su alimentación es suficiente, cuando tiene bastante vestuario para afrontar el frío, cuando no abusa el mando de sus fuerzas y cuando se le trata con respeto, la guerra es alegre, ha sido siempre alegre, tiene que ser alegre. Si no fuera alegre, no la soportarían los hombres.

A la idea de la muerte se familiariza el soldado ya horas antes de entrar en fuego. Puede venir en cualquier momento. No es razón para entristecerse. Ya se sabe que puede venir. Vendrá cuando Dios quiera. Contra la muerte nada puede el hombre. Contra lo que puede es contra el miedo. En esta batalla sí que no es posible alcanzar la victoria. Y es cosa inexplicable, pero positiva. En cuanto se ha logrado dominar el miedo, el alma se nos llena de alegría. Y esta es la alegría de la guerra.

RAMIRO DE MAEZTU

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

Paredes de cristal

Pocos meses atrás, un caballero, que está recogiendo datos sobre el desarrollo material y moral de Cuba, me pidió algún breve escrito mío, sobre cualquier tema; sin duda para que pudiera tenerse idea de mi modo de discurrir y de expresarme. Con ese motivo escribí los siguientes párrafos:

“Acabo de releer esta frase, que leí hace muchos años: “Las democracias han de vivir en casa de cristal”. Entonces me entusiasmó; y ahora me ha entristecido.

“¿Es que la edad me ha ido petrificando el cerebro y me ha convertido en reaccionario? ¿Hace daño la luz excesiva a mis ojos envejecidos? No por cierto. Todavía me regocija la espléndida claridad meridiana, y me hace encojer de hombros la idea de que los pueblos puedan subir de nuevo y a reculones la cuesta que bajaron. Ni el hombre, ni los hombres viven dos veces.

“Me ha entristecido, porque ha hecho surgir ante mí el terrorífico escenario de Europa, cuna de la libertad, y campo hoy del más tremendo cataclismo que han podido producir la demencia y la ceguera de los hombres.

“Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña; sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transparentes de sus casas, ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?

“A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra; y el común de los ciudadanos se desbandaba en todas direcciones, sin saber donde encontrar puerto de refugio.

“Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que hunden hoy a un Huerta y levantan mañana a un Carranza, envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o parecen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?

“Cuando era yo niño, tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Inglaterra su primera exposición. Cierto. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el

“Grandes democracias son Francia y la Gran Bretaña; sobre el sufragio universal cree levantar la fábrica de su gobierno la Confederación Alemana. Y a pesar de las paredes transparentes de sus casas, ¿quiénes vieron los tremendos combustibles que se hacinaban y la mano o las manos que lanzaron la chispa que hizo saltar un mundo?

“A los primeros resplandores del incendio, vimos correr despavoridos, desde sus plácidos retiros veraniegos, a jefes de naciones, que las sintieron amagadas en el corazón; locos de sorpresa y espanto se precipitaban los directores de grandes partidos opuestos por principio a la guerra; y el común de los ciudadanos se desbandaba en todas direcciones, sin saber donde encontrar puerto de refugio.

“Me ha entristecido, porque en esa misma democracia, gobernada hoy por un letrado de la misma escuela del autor del nítido aforismo, ¿logra nadie, por perspicaz que se crea, penetrar en los meandros del cerebro del estadista o los estadistas que hunden hoy a un Huerta y levantan mañana a un Carranza, envían notas conminatorias a los poderes europeos beligerantes, y aceptan o parecen aceptar sus intrincadas y untuosas respuestas?

“Cuando era yo niño, tuvo fama el palacio de cristal en que celebró Inglaterra su primera exposición. Ciertamente. A través de su transparente armazón se veían las poderosas máquinas con que la industria había revolucionado el

mundo fabril. Lo que no se veía, ni podía verse, era el engranaje interno de ruedas y palancas, ni la voluntad directora que, por su medio, les comunicaba vida y las ponía en movimiento."

He vuelto a leer ahora lo que entonces había estampado, y advertí que, aun circunscribiéndolo sólo a lo que se llama vida pública, mi punto de vista alcanza tal generalidad, que empezó por sorprenderme y acabó por convertirse en verdadera lección de mortificación y modestia.

¡Lo que se ha atronado nuestros oídos, desde hace lo menos ciento cincuenta años, con el dogma de la soberanía popular! ¡Cuántas tremendas sacudidas y cuántas sangrientas revoluciones en América y Europa, para defender, sacar triunfante y afianzar ese nuevo artículo de fe! Solemnes constituciones, a guisa de flamantes tablas de la ley, fueron promulgadas, y descansaban todas sobre esa amplia base. A cada uno nos tocaba nuestra parte alícuota de soberanía.

Casi un siglo después los estadistas alemanes hicieron un peregrino descubrimiento. No: el pueblo no es soberano. La soberanía se cierra mucho más alto, para cobijarnos a todos. No se encarna en la masa amorfa, ni en la masa organizada, ni en los hombres, ni en un hombre. La soberanía pertenece al Estado. Se necesita leer a los tratadistas penetrados de ese gran principio, en Alemania y fuera de ella,

para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicomprehensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: ¡el Estado! El triste soberano desposeído, el átomo humano, mi vecino, yo con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea que la del pueblo, no falta, ni ha faltado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los lectores desperdigados o colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Sólo que el gobierno es real, lo ejercen hombres que tienen en sus manos todos los medios reales y

para formarse idea de la devoción, de la veneración con que se inclinaban reverentes, casi se prosternaban, ante esa deidad recóndita, omnicomprehensiva, permanente, exclusiva, ilimitada: ¡el Estado! El triste soberano desposeído, el átomo humano, mi vecino, yo con mi cédula o mi planilla o mi infolio electoral, reducidos a cero, a menos que cero, a cantidad negativa. La defenestración de Praga, la de Belgrado.

Y sin embargo, si rodando por el polvo se puede pensar, nos conviene convencernos de que aunque la soberanía del Estado nos parezca a primera vista más etérea que la del pueblo, no falta, ni ha faltado nunca quien la ejerza con más efectividad y por tanto más eficacia real que los lectores desperdigados o colegiados. La soberanía popular ha sido y es un mito. La del Estado lo parece; si no fuera porque los que desempeñan esa función subordinada, secundaria, está uno por decir insignificante, del gobierno, la atrapan por los aires, la vivifican, la encarnan y la ejercen.

Nuestros tratadistas se asombrarán y hasta se indignarán por esa afirmación necia, que no atiende a la distinción profunda, a la separación completa, que establecen entre el Estado y el gobierno. Lo reconozco: una cosa, lo superior, lo ideal, es el Estado, y otra subordinada, inferior, inferiorísima, el gobierno. Sólo que el gobierno es real, lo ejercen hombres que tienen en sus manos todos los medios reales y

hasta ideales para actuar sobre otros hombres. Una bicoca.

To suck, to suck, the very blood to suck.

Pues bien, supongamos, y no es poco suponer, que armado de mi boleta electoral, del todo consciente de la alta función que me dispongo a ejercer; conociendo bien, o bastante bien, o casi bien a todos y cada uno de los que voy a elegir para que me den leyes, me impongan contribuciones, administren la hacienda pública, me gobiernen, representen a la nación y la dirijan en sus relaciones con los demás pueblos; sin que nadie ejerza sobre mí coacción, ni siquiera presión moral; seguro de que mi voto ha de ser considerado cosa sagrada, intangible, que nadie manosea, adultera o sustrae diestramente; segurísimo de que nadie será osado a inflar o desinflar el número de votos obtenidos por tales o cuales candidatos; supongamos, repito, que mi voto, uno, entre cincuenta o cien o doscientos mil, ha contribuido a elegir el gobierno de mi confianza o preferencia. Y supongamos que éste ha triunfado honradamente, sin violencias ni artimañas públicas ni secretas, con el desconsuelo, pero con el respeto de sus adversarios.

En esta situación naturalísima, pero casi fantástica, al menos por estas tierras de Hispano-América, ¿qué voy a ver yo, el elector de marras, a través de las transparentes paredes cristalinas de las mansiones oficiales de mis gobernantes? ¿Qué voy a saber de los an-

versarios genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis ciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán, casi con lástima, la mano en la boca y me dirán enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejen han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, lejos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascendentales negociaciones con uno o más poderes extranjeros, segundarán mis sesudos maestros, ¿vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idiotas, si no por locos de atar, los estadistas que manejan el otro cotarro y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transparentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes

tecedentes genuinos de las resoluciones que más me importan y conmigo a todos mis ciudadanos? ¿Quién me da cuenta de los verdaderos móviles de actos que pueden ser decisivos para el porvenir de mi pueblo, y que nunca son indiferentes?

Comprendo que mi grave miopía exasperará a algunos, que me pondrán, casi con lástima, la mano en la boca y me dirán enarcando los ojos: ¿Y la razón de estado?

El golpe es contundente. Pero exista o no esa famosísima razón, de que tanto se ha escrito y sobre la que tanto se ha pretendido edificar, me permito decir que, hasta ahora al menos, los que la manejen han procurado encerrarla algunos estados bajo tierra, lejos de exhibirla en caja de cristal.

Si estamos enfrascados en sutiles y trascendentales negociaciones con uno o más poderes extranjeros, segundarán mis sesudos maestros, ¿vamos a salir tañendo las campanas y convocando a cabildo abierto, para que nos tengan por idiotas, si no por locos de atar, los estadistas que manejan el otro cotarro y rompan sin más sus tratos con nosotros?

Evidente me parece, de toda evidencia; pero, vuelvo a todos lados la cabeza y no distingo por parte alguna las transparentes paredes en que habíamos convenido que se encerraban, para no estar encerrados, nuestros democráticos contratantes.

Puedo leer cada vez que quiera los mensajes

que envía el Ejecutivo a las Cámaras, y en que se enumeran ce por ce los motivos razonados de las leyes que se solicitan. Acabo de recibir precisamente el mensaje del presidente de la Argentina al Congreso en mayo de este año. Tiene ciento ochenta páginas. Relata minuciosamente "cuanto se relaciona con la situación política interna y externa" de esa próspera república. Es de cristal. Pero sospecho que hay serpeando por esas páginas muchas venas ocultas, de que nada sabe la turbamulta de los argentinos; y, por fuerza, menos que nada los que no somos argentinos. Claro está que este es un mero ejemplo, y que lo mismo cabe decir de nuestros mensajes y de cualesquiera otros. El mal, si mal hay, no está en la nacionalidad.

Todos quisiéramos que gobernar fuera otra cosa. Pero no se trata de lo que quisiéramos, sino de lo que es. Y por desgracia la verdad desnuda vive muy escondida y tiene parentesco muy remoto con la verdad vestida, que es la que tratamos. La ardua función del gobierno impone en casi todos los casos la reserva, en no pocos el secreto. Hay fiestas de aparato para los ojos; hay negocios delicados que conviene, que importa no divulgar a destiempo. Contentémonos con que la reserva sea la necesaria, la legítima, y que de ella resulte el éxito apetecido, de donde debe salir siempre un beneficio para la nación.

ENRIQUE JOSE VARONA.

Vedado, 10 de agosto, 1616.

(Cuba Contemporánea, Habana.)

Mendacidad

POCAS cosas me han abatido y entristece más el ánimo de español que lo que oí una vez decir a un amigo mío, hombre agudo y desasapasionado, que había recorrido una parte de Europa estudiando instituciones de enseñanza pública y sobre todo residencias de estudiantes, casas de pensión e institutos análogos. Y es que venía muy dolido del mal concepto que en general se tenía por ahí fuera de los estudiantes españoles. Acusábaseles de varias faltas y sobre todo se decía de ellos que son, con los griegos, los más embusteros de todos. La mendacidad aparecía como un triste estigma inmoral de nuestro pueblo. Y es cosa sabida que la mendacidad es hermana mielga de la mendicidad. Es altamente simbólico esto de que sólo discrepen en un sonido las sendas expresiones verbales de esos dos vicios mellizos.

Hay que hacer observar, como creo haberlo dicho otra vez, que ha habido un tiempo en que los más de jóvenes que salían de España a estudiar en el extranjero no eran, ni con mucho, de lo más escogido moralmente. Solían

Mendacidad

POCAS cosas me han abatido y entristece más el ánimo de español que lo que oí una vez decir a un amigo mío, hombre agudo y desapasionado, que había recorrido una parte de Europa estudiando instituciones de enseñanza pública y sobre todo residencias de estudiantes, casas de pensión e institutos análogos. Y es que venía muy dolido del mal concepto que en general se tenía por ahí fuera de los estudiantes españoles. Acusábaseles de varias faltas y sobre todo se decía de ellos que son, con los griegos, los más embusteros de todos. La mendacidad aparecía como un triste estigma inmoral de nuestro pueblo. Y es cosa sabida que la mendacidad es hermana mielga de la mendicidad. Es altamente simbólico esto de que sólo discrepen en un sonido las sendas expresiones verbales de esos dos vicios mellizos.

Hay que hacer observar, como creo haberlo dicho otra vez, que ha habido un tiempo en que los más de jóvenes que salían de España a estudiar en el extranjero no eran, ni con mucho, de lo más escogido moralmente. Solían

ser muchachos de que sus padres no podían hacer carrera, señoritos—esta hórrida clase española! — que iban a pasearse dándose un baño de europeísmo o a divertirse malgastándoles los cuartos a sus padres, o tal vez para poder decir luego que habían estudiado en el extranjero y traerse un título de esos de exportación que dan desdeñosamente a los que no han de hacerles competencia. Sé de una ciudad extranjera donde durante mucho tiempo se ha tenido a los señoritos españoles por cretinos—era la expresión—, juzgándolos por los que conocían de un instituto español allí desde hace siglos establecido. Y no sé si la cosa ha cambiado. Porque hasta los que nada tenían en rigor de cretinos parece que llevaban una vida, la del señorito español bien acomodado, a propósito para hacer creer en su cretinismo. O por lo menos en su filisteísmo, y a las veces beotismo. Todo parecía interesarles, si es que algo de veras les interesaba — lo característico del español es que fuera de casa no le interesa nada—, menos los valores de cultura.

Pero eso de la fama de mendacidad es cosa terrible.

Pensando luego muchas veces en ello, he creído que de todos nuestros males públicos el más fatal es éste de la embustería. No creo que seamos peores que otros pueblos en otros respectos, pero basta que seamos uno de los pueblos más embusteros para que todas nuestras

buenas cualidades no nos den el fruto que debieran darnos.

La mentira es el arma de los débiles, y en tal sentido defendió Schopenhauer la licitud de su empleo. Pero así como hay una mentira defensiva, hay otra ofensiva. Y es natural que Schopenhauer defendiera el empleo de una arma si la creía eficaz, pues es sabido que en su casta llaman defenderse al agredir. En lo que, por otra parte, no les falta razón, pues un lobo que se echa sobre una oveja para devorarla lo hace para defenderse del hambre. Y así no es fácil saber cuándo una mentira es defensiva y cuándo es ofensiva. Lo que la experiencia enseña es que cuando uno se acostumbra a esgrimir la mentira para defenderse acaba por esgrimirla sin necesidad defensiva alguna, por ejercitarse en su empleo y hasta por pura virtuosidad y tecniquería.

Acaba uno por enamorarse de la mentira por la mentira misma. Se hace de ella un arte, y cuando se hace un arte de la mentira, acaba por no ser el arte más que una mentira. Y ya a nadie se engaña.

Lo más desconsolador acaso de nuestro régimen de mentira es que ésta a nadie engaña, y así nos acostumbramos a dudar de todo, lo mismo de la verdad que de la mentira. De aquí nuestro tan característico escepticismo público.

“¿Y si no fuera mentira, si por casualidad esta vez me hubiese dicho, contra su costumbre y acaso su propósito, la verdad?” Esta

buenas cualidades no nos den el fruto que debieran darnos.

La mentira es el arma de los débiles, y en tal sentido defendió Schopenhauer la licitud de su empleo. Pero así como hay una mentira defensiva, hay otra ofensiva. Y es natural que Schopenhauer defendiera el empleo de una arma si la creía eficaz, pues es sabido que en su casta llaman defenderse al agredir. En lo que, por otra parte, no les falta razón, pues un lobo que se echa sobre una oveja para devorarla lo hace para defenderse del hambre. Y así no es fácil saber cuándo una mentira es defensiva y cuándo es ofensiva. Lo que la experiencia enseña es que cuando uno se acostumbra a esgrimir la mentira para defenderse acaba por esgrimirla sin necesidad defensiva alguna, por ejercitarse en su empleo y hasta por pura virtuosidad y tecniquería.

Acaba uno por enamorarse de la mentira por la mentira misma. Se hace de ella un arte, y cuando se hace un arte de la mentira, acaba por no ser el arte más que una mentira. Y ya a nadie se engaña.

Lo más desconsolador acaso de nuestro régimen de mentira es que ésta a nadie engaña, y así nos acostumbramos a dudar de todo, lo mismo de la verdad que de la mentira. De aquí nuestro tan característico esceptismo público.

“¿Y si no fuera mentira, si por casualidad esta vez me hubiese dicho, contra su costumbre y acaso su propósito, la verdad?” Esta

duda le atormentaba una vez a un pobre amigo mío ante ciertas manifestaciones que le hizo un político español, es decir, un embustero entre embusteros. Porque el político español es un embustero elevado al cuadrado o en segunda potencia, pues lo es en cuanto español y en cuanto profesional de la política. ¿Y quién no conoce aquello de los que engañan con la verdad? Hay embustero que, sabiendo que no le han de creer, dice la verdad para que no se la crean.

¿Quién ignora que entre nosotros, desde el presidente del Consejo de ministros abajo, el arte supremo del político que ocupa el poder consiste en escamotear la verdad? Mienten cuando afirman, mienten cuando niegan y, sobre todo, mienten cuando se callan. Porque el silencio puede ser una gran mentira. Y el silencio que oprime a España es un silencio de mentira.

¿Y la genealogía de la mentira?

Somos holgazanes. Yo no sé si es que somos holgazanes por ser pobres o es que somos pobres por ser holgazanes. Este problema que tan agudamente ha tratado el Sr. Salillas, lo mismo en *El Hampa* que en su teoría básica de picarismo español, encierra un tremendo círculo vicioso.

Por ser holgazanes somos cobardes. Y la peor cobardía es la cobardía para el trabajo, esa cobardía que lleva a tantos desgraciados a exponer su vida ante un toro, diciéndose con

el *Espartero* aquello de: "¡más cornás da l'hambre!" Y la holgazanería espiritual a su vez lleva a los otros, a los aficionados, a la cobardía mental de admirar a los que arriesgan su vida ante el toro, ya que esa admiración no exige esfuerzo alguno de inteligencia. *Porque la inteligencia de los llamados inteligentes en eso es una de las peores plagas que nos afligen.*

Por ser cobardes, somos pordioseros. Nuestra característica mendicancia no es sino hija de cobardía. Porque aquí se mendiga todo, hasta la justicia. Y a quien no la mendiga le llaman soberbio. Que es hoy el título más honorífico en España.

Quando uno se niega a mendigar, dicen que quiere imponerse. Ya saben mis lectores aquello de: "¿Con imposiciones a mí? ¡No las toléro!" Que es el modo de sacudirse de hacer justicia. Si uno la pide dignamente, le contestan con embustes o con dilaciones y evasivas, y si hartado de soportar habilidades alza la voz de hombre libre y esgrime la verdad, entonces es que quiere imponerse. Así, al menos, piensa la canalla.

Y por mendigos somos embusteros. El arma de la pordiosería es el embuste. El mendigo tiene que mentir, porque cuando a un mendigo se le ocurre mendigar con la verdad—y se ha dado casos de ello—, ha tenido que morir-se de hambre. O ha resultado el tipo estupendo del mendigo orgulloso. Sabido es, en efecto,

el *Espartero* aquello de: "¡más cornás da l'hambre!" Y la holgazanería espiritual a su vez lleva a los otros, a los aficionados, a la cobardía mental de admirar a los que arriesgan su vida ante el toro, ya que esa admiración no exige esfuerzo alguno de inteligencia. Porque la inteligencia de los llamados *inteligentes* en eso es una de las peores plagas que nos afligen.

Por ser cobardes, somos pordioseros. Nuestra característica mendicancia no es sino hija de cobardía. Porque aquí se mendiga todo, hasta la justicia. Y a quien no la mendiga le llaman soberbio. Que es hoy el título más honorífico en España.

Cuando uno se niega a mendigar, dicen que quiere imponerse. Ya saben mis lectores aquello de: "¿Con imposiciones a mí? ¡No las tolero!" Que es el modo de sacudirse de hacer justicia. Si uno la pide dignamente, le contestan con embustes o con dilaciones y evasivas, y si harto de soportar habilidades alza la voz de hombre libre y esgrime la verdad, entonces es que quiere imponerse. Así, al menos, piensa la canalla.

Y por mendigos somos embusteros. El arma de la pordiosería es el embuste. El mendigo tiene que mentir, porque cuando a un mendigo se le ocurre mendigar con la verdad—y se ha dado casos de ello —, ha tenido que morir-se de hambre. O ha resultado el tipo estupendo del mendigo orgulloso. Sabido es, en efecto,

que el orgullo consiste en esgrimir la verdad y defenderse y atacar con ella. En cambio, lo que se llama humildad o modestia no suele ser más que el artificio doloroso de la mentira.

Toda la reforma moral, y por lo tanto política, de España, no estriba más que en establecer el amor y el respeto a la verdad y a la veracidad.

El amor no es más que veracidad, y así aquellas palabras del divino Maestro de que al que ama mucho le será perdonado mucho, cabe trasladar diciendo que al que sea veraz le serán perdonados sus pecados. Sólo a un hombre prometió la gloria eterna él, el Cristo, y ese hombre fué un bandolero que se confesó, que fué veraz, que no calló lo que sentía de sí y del otro.

Un ámbito plúmbeo de mendacidad constriñe a nuestra vida pública. Y es la más terrible mendacidad, la del secreto en que están todos. Todos, en efecto, están en el secreto, y por eso es más secreto aún. La verdad puede pasearse desnuda por las plazas sin que nadie la vea. Por ir desnuda no la ven. Y si se viste sólo ven su vestidura y no la ven a ella. Y la vestidura de la verdad invisible resulta una terrible mentira. Con esos vestidos visten un maniquí cualquiera.

Conocí un hombre diabólico, especie de Maquiavelo provinciano, exento de la vanidad de su maquiavelismo. Es decir, que así como hay quienes dejan de ser hábiles con tal de pa-

recerlo—y entre éstos se cuentan no pocos de los que pasan por maestros consumados en habilidades —, ese hombre diabólico de que digo dejaba de parecer hábil con tal de serlo. Era, en fin, de los que saben hacerse el tonto. Y en cierta ocasión de unas elecciones senatoriales, decía a uno de los dos candidatos: "mire usted, señor X, yo no tengo más remedio que decir a Z que le he de votar y hacer creer que le votaré, ¡pero mi voto es para usted!"; y luego se iba a Z, y le decía lo mismo con relación a X, y es que prometería a éste su voto, pero para no dárselo, y al cabo se vino a mí y me dijo lo que había dicho a uno y a otro, y cómo aseguraba a X que engañaría a Z prometiéndole su voto y aseguraba a Z que engañaría a X prometiéndoselo. Y a mí, que no era candidato ni mucho menos, no podía engañarme, y me decía: "verá usted, mi papeleta llevará tal marca." Y en efecto, salía una papeleta con aquella marca de infamia. Y el hombre que hacía esto era un hombre hábil que no necesitaba mentir para engañar.

Acaso lo de decir siempre la verdad, créanla o no oportuna los hábiles y los discretos según la feria, sea todo un programa y sin otra cosa alguna. Ponerse cara al oleaje del porvenir sin más soluciones que la de no callar la verdad y que de su declaración surja la solución que haya de aplicarse. Que si ante un hecho se dice toda la verdad, toda y sola la verdad, la verdad entera, y no más que ella, al

recerlo—y entre éstos se cuentan no pocos de los que pasan por maestros consumados en habilidades —, ese hombre diabólico de que digo dejaba de parecer hábil con tal de serlo. Era, en fin, de los que saben hacerse el tonto. Y en cierta ocasión de unas elecciones senatoriales, decía a uno de los dos candidatos: “mire usted, señor X, yo no tengo más remedio que decir a Z que le he de votar y hacer creer que le votaré, ¡pero mi voto es para usted!”; y luego se iba a Z, y le decía lo mismo con relación a X, y es que prometería a éste su voto, pero para no dárselo, y al cabo se vino a mí y me dijo lo que había dicho a uno y a otro, y cómo aseguraba a X que engañaría a Z prometiéndole su voto y aseguraba a Z que engañaría a X prometiéndoselo. Y a mí, que no era candidato ni mucho menos, no podía engañarme, y me decía: “verá usted, mi papeleta llevará tal marca.” Y en efecto, salía una papeleta con aquella marca de infamia. Y el hombre que hacía esto era un hombre hábil que no necesitaba mentir para engañar.

Acaso lo de decir siempre la verdad, créanla o no oportuna los hábiles y los discretos según la feria, sea todo un programa y sin otra cosa alguna. Ponerse cara al oleaje del porvenir sin más soluciones que la de no callar la verdad y que de su declaración surja la solución que haya de aplicarse. Que si ante un hecho se dice toda la verdad, toda y sola la verdad, la verdad entera, y no más que ella, al

punto se ponen todos los hombres de buena voluntad de acuerdo en lo que hay que hacer. Y ante el secreto o la mentira todos disienten, aunque parezcan conchabarse. Sólo la verdad une.

MIGUEL DE UNAMUNO.



El secreto de la casa de los eucaliptus.

I

DOÑA Carmen de Borja guardaba de la noche en que los revolucionarios mataron a su hijo Carmelo, teniente de milicias en Santa Fé, un sombrío recuerdo.

Era viuda y vivía con Laura, su única hija, en "la casa de los eucaliptus", como llamaban a su estancia a ocho leguas de la ciudad, sobre el arroyo "Leyes", rodeada de oscuros eucaliptus, que en las noches de viento gemían como almas en pena.

Carmelo Borja, su hijo, recién ascendido a teniente por el gobernador Bayo, había estado en ella el día anterior. Corrían rumores de revolución y el joven los relataba con gusto, para lucir su valor ante su madre acongojada.

Al medio día se despidió de ella y de Laura, y volvió a la ciudad, a caballo, con su asistente, siguiendo el ancho camino polvoso, que llevaba a Santa Rosa, foco de las revoluciones.

No tuvieron ningún mal encuentro. Era invierno y la ruta estaba solitaria, aun en las cercanías del pueblo.

El secreto de la casa de los eucaliptus.

I

DOÑA Carmen de Borja guardaba de la noche en que los revolucionarios mataron a su hijo Carmelo, teniente de milicias en Santa Fé, un sombrío recuerdo.

Era viuda y vivía con Laura, su única hija, en "la casa de los eucaliptus", como llamaban a su estancia a ocho leguas de la ciudad, sobre el arroyo "Leyes", rodeada de oscuros eucaliptus, que en las noches de viento gemían como almas en pena.

Carmelo Borja, su hijo, recién ascendido a teniente por el gobernador Bayo, había estado en ella el día anterior. Corrían rumores de revolución y el joven los relataba con gusto, para lucir su valor ante su madre acongojada.

Al medio día se despidió de ella y de Laura, y volvió a la ciudad, a caballo, con su asistente, siguiendo el ancho camino polvoso, que llevaba a Santa Rosa, foco de las revoluciones.

No tuvieron ningún mal encuentro. Era invierno y la ruta estaba solitaria, aun en las cercanías del pueblo.

Pero esa noche, como a las once, el teniente Borja que volvía de una tertulia, al cruzar la plaza de Mayo para ir a la policía donde él vivía, topó con un pelotón de jinetes que desembocaron al galope, de la oscura calle transversal.

—¡Quién vive!—gritó el teniente sacando su revolver.

—¡La revolución!—le contestó el que mandaba la tropa; y como en aquellos tiempos eran muchos los revolucionarios por sport, sintió sin duda la necesidad de completar la respuesta, y añadió:

—¡El capitán Insúa!

Sonaron varios tiros, que dieron el alerta.

La guardia de la policía que dormía con el arma al brazo, parapetada detrás de las gruesas columnas del cabildo, rechazó sin grave esfuerzo a los asaltantes, cuyo propósito de sorprenderla dormida se había frustrado, y que, una hora más tarde, regresaban derrotados por el camino de Santa Rosa.

Sobre la gramilla verde de la plaza de Mayo, con la luz de un farol, hallaron esa noche tres muertos y en medio de la calle, encontraron al teniente Borja herido de un balazo por el capitán Insúa.

La herida era grave, y él, que comprendió que se moría, pidió que avisaran a su madre, para morir al lado de ella.

Cuando el chasque llegó a "la casa de los eucaliptus", eran las cuatro de la madrugada. Ladraronle los perros y al ruido se despertó doña Carmen y llamó a Laura.

—Alguien llega del pueblo—le dijo—, malas noticias, sin duda.

Oyeron la voz del capataz, que desde afuera anunciaba al chasque. Laura se abrazó a su madre y se echó a llorar, y ambas escucharon el relato de lo sucedido.

—¿No ha muerto, entonces?

—No, patrona; quiere verla.

Mandaron atar la volanta de tres caballos, y un rato después, obscuro aún, doña Carmen y Laura, acompañadas del capataz y de Magdalena, su mujer, que había criado a Carmelo y lloraba como una criatura sabiéndolo herido, se pusieron en marcha a la ciudad.

El camino era recto y parecía una cinta blanca, a la luz indecisa de las estrellas. Los gallos cantaban al alba fría que se anunciaba, y la madre no podía dejar de oír, aunque estaban ya lejos, el rumor acongojado del viento en las copas de los eucaliptus que rodeaban su casa.

Llegó a tiempo para hablar con su hijo, que murió como a las once, y al día siguiente, ambas mujeres desoladas volvieron a "la casa de los eucaliptus", resuelta la madre a confinarse en ella, para llorar mejor al muerto.

Cuando el chasque llegó a "la casa de los eucaliptus", eran las cuatro de la madrugada. Ladraron los perros y al ruido se despertó doña Carmen y llamó a Laura.

—Alguien llega del pueblo—le dijo—, malas noticias, sin duda.

Oyeron la voz del capataz, que desde afuera anunciaba al chasque. Laura se abrazó a su madre y se echó a llorar, y ambas escucharon el relato de lo sucedido.

—¿No ha muerto, entonces?

—No, patrona; quiere verla.

Mandaron atar la volanta de tres caballos, y un rato después, obscuro aún, doña Carmen y Laura, acompañadas del capataz y de Magdalena, su mujer, que había criado a Carmelo y lloraba como una criatura sabiéndolo herido, se pusieron en marcha a la ciudad.

El camino era recto y parecía una cinta blanca, a la luz indecisa de las estrellas. Los gallos cantaban al alba fría que se anunciaba, y la madre no podía dejar de oír, aunque estaban ya lejos, el rumor acongojado del viento en las copas de los eucaliptus que rodeaban su casa.

Llegó a tiempo para hablar con su hijo, que murió como a las once, y al día siguiente, ambas mujeres desoladas volvieron a "la casa de los eucaliptus", resuelta la madre a confinarse en ella, para llorar mejor al muerto.

Laura tenía veinte años y era de una magnífica hermosura. Su madre había deseado casarla, para no sacrificar su juventud y quizás con el vago deseo de que los nietos repararan un día el inmenso hueco que había dejado en su corazón la muerte de su hijo.

II

La más caracterizada figura de caudillo revolucionario en esa época, era la de Ventura Insúa, que usaba el grado de capitán, con que años antes le agraciara un gobernador en la guardia nacional.

Gozaba por su valor y su fortuna en campos y haciendas, de un ilimitado prestigio en todo el norte de la provincia, principalmente en la costa, donde en un día a una voz, reclutaba 500 jinetes criollos o indios, que lanzaba como un torbellino sobre la ciudad abierta, sin más propósito que mantener en constante alarma a los gobernadores enemigos.

A los treinta y cinco años, en el apogeo de su fama, fuerte y bello, acostumbrado a salir ileso de todas las sangrientas algaradas, estuvo a punto de morir en una de sus efímeras revoluciones.

Había entrado en la ciudad hacia la media noche, y fué su ataque tan inesperado y violento

que poco faltó para que se adueñara de la policía y apresara al gobernador en su casa. Pero sus tropas esa vez eran escasas, y aunque se batieron con un soberbio desprecio de la vida, al alba tuvieron que abandonar la ciudad, perseguidas por un piquete de soldados a caballo.

Ventura Insúa huyó de los últimos. Montaba un caballo admirable y famoso, pero cansado ya por el combate, y sus perseguidores no habrían tardado en apoderarse del caudillo, si éste, que conocía los escondrijos de las orillas del "Leyes", no hubiera aprovechado las últimas sombras de la noche, para esconderse entre las pajas altas y tupidas que allí crecían.

Cuando fué día claro, los soldados del gobernador debían estar lejos, porque sin el rumor de los pájaros en las cañas, y el grito de los patos que pasaban, siguiendo el curso del arroyo, el silencio habría sido absoluto.

En aquellas vecindades no había ni gentes ni haciendas. Eran campos abiertos, de grandes propietarios, mal poblados con estancias aisladas, a pesar de que la ciudad no quedaba a más de cinco leguas.

En la refriega, el capitán Insúa fué herido en el pecho de un balazo, y aunque su herida no era mortal, comenzaba a temblar de fiebre, y sentía que si no lo curaban, podía morir allí, echado en la tierra pantanosa, sobre algunos co-

que poco faltó para que se adueñara de la policía y apresara al gobernador en su casa. Pero sus tropas esa vez eran escasas, y aunque se batieron con un soberbio desprecio de la vida, al alba tuvieron que abandonar la ciudad, perseguidas por un piquete de soldados a caballo.

Ventura Insúa huyó de los últimos. Montaba un caballo admirable y famoso, pero cansado ya por el combate, y sus perseguidores no habrían tardado en apoderarse del caudillo, si éste, que conocía los escondrijos de las orillas del "Leyes", no hubiera aprovechado las últimas sombras de la noche, para esconderse entre las pajas altas y tupidas que allí crecían.

Cuando fué día claro, los soldados del gobernador debían estar lejos, porque sin el rumor de los pájaros en las cañas, y el grito de los patos que pasaban, siguiendo el curso del arroyo, el silencio habría sido absoluto.

En aquellas vecindades no había ni gentes ni haciendas. Eran campos abiertos, de grandes propietarios, mal poblados con estancias aisladas, a pesar de que la ciudad no quedaba a más de cinco leguas.

En la refriega, el capitán Insúa fué herido en el pecho de un balazo, y aunque su herida no era mortal, comenzaba a temblar de fiebre, y sentía que si no lo curaban, podía morir allí, echado en la tierra pantanosa, sobre algunos co-

jinillos, junto a su caballo, que permanecía quieto, amujando las orejas a cada ruido sospechoso.

Todo el día lo pasó así, devorado por la sed. Sentía la bala hacia el hombro izquierdo, como una quemadura. Al entrar la noche, resuelto a desafiar todo peligro, montó a caballo con un esfuerzo doloroso, para llegar hasta el riacho. Bebió echado de bruces el agua turbia por la greda, y parecióle que su fiebre disminuía.

La soledad del paraje le dió ánimos para seguir costeando el arroyo hacia el norte, en busca de un vado para tomar el camino de Santa Rosa, o esconderse en una de las isletas, de sauces, como un paisano matrero.

Así anduvo dos horas, pero la fiebre se hizo tan violenta, que se sintió al fin de sus fuerzas.

El ladrido de un perro anuncióle una casa o una estancia cercana, y arriesgándose a todo, trató de llegarse a ella.

Cuando estuvo cerca reconoció el paisaje en el bosque de sombríos eucaliptus que rodeaban la estancia.

La noche era límpida, sin viento y sin estrellas; la luna estaba por salir, y parecía una aurora, tan intenso era el resplandor que la precedía.

El capitán Insúa conocía la casa, aunque no a sus dueños, y le tembló el corazón acordándose de la muerte del teniente Borja. Pero sintió

que iba a morir si pasaba una noche más a campo, y como allí podían ignorar los detalles de aquel suceso que ahora le remordía, llegó sin vacilar hasta la tranquera y llamó a gritos, que provocaron la furia de los perros.

Eran como las diez y las gentes dormían, pero Insúa oyó abrirse una puerta y poco después entró a caballo, guiado por el capataz, que, por lo extraordinario del caso, despertó a doña Carmen de Borja:

—¿El capitán Insúa?—dijo ella con un ligero temblor en la voz, que no advirtió el capataz.

—Píde permiso para pasar la noche—explicó éste.—Se encuentra herido y con fiebre.

Abrióse la puerta ante la cual se cambiaban aquellas palabras. Laura encendió la luz y el capitán Insúa entró en el gran comedor, casi desnudo de muebles y adornos, donde las damas lo aguardaban.

No fué cordial el saludo; un misterioso resentimiento envolvía los gestos de la dueña de casa, y su hija, cohibida por lo inesperado de la visita, no se mostró más amable.

La luna había salido, pero la noche pareció obscurecerse repentinamente, porque la masa negra de los eucaliptus, proyectó una sombra densa sobre toda la casa.

que iba a morir si pasaba una noche más a campo, y como allí podían ignorar los detalles de aquel suceso que ahora le remordía, llegó sin vacilar hasta la tranquera y llamó a gritos, que provocaron la furia de los perros.

Eran como las diez y las gentes dormían, pero Insúa oyó abrirse una puerta y poco después entró a caballo, guiado por el capataz, que, por lo extraordinario del caso, despertó a doña Carmen de Borja:

—¿El capitán Insúa?—dijo ella con un ligero temblor en la voz, que no advirtió el capataz.

—Píde permiso para pasar la noche—explicó éste.—Se encuentra herido y con fiebre.

Abrióse la puerta ante la cual se cambiaban aquellas palabras. Laura encendió la luz y el capitán Insúa entró en el gran comedor, casi desnudo de muebles y adornos, donde las damas lo aguardaban.

No fué cordial el saludo; un misterioso resentimiento envolvía los gestos de la dueña de casa, y su hija, cohibida por lo inesperado de la visita, no se mostró más amable.

La luna había salido, pero la noche pareció obscurecerse repentinamente, porque la masa negra de los eucaliptus, proyectó una sombra densa sobre toda la casa.

III

Durante cuarenta días que duró, con desesperantes alternativas, la enfermedad del capitán Insúa, "la casa de los eucaliptus" apareció más clausurada y misteriosa que nunca.

El gobierno habría pagado a peso de oro al que apresara al caudillo revolucionario, pero nadie sospechó dónde se alojaba, y llegó a creerse que se había ahogado, vadeando el arroyo.

Doña Carmen de Borja no se acercaba nunca a su huésped. Disponía las cosas con una obsequiosa hospitalidad, y dejaba que Magdalena, la mujer del capataz, y aun Laura lo atendieran.

Una tarde, en el verano que ardía ya sobre los campos, el capitán Insúa escuchaba un relato de Magdalena, en la galería del este, desde donde se divisaba el riacho, por una calle abierta entre las reseca totoras de la margen.

Laura sentada allí cerca, escuchaba también, con el corazón oprimido por una inexplicable angustia, porque lo que relataba la mujer era la muerte de su hermano.

—Yo lo crié—decía Magdalena—y fué todo mi cariño; lo recibí de meses, el mismo día en que se murió el único hijo que he tenido y que era de su edad. El cambio me consoló de perder el mío. Ah! señor capitán; qué mal alma tuvo aquel que lo mató! Mi señora doña Carmen, que

habló con el niño Carmelo, poco antes de morir, debe saber el nombre del asesino, y nunca nos lo ha dicho.

Insúa se había puesto intensamente pálido; la mujer que contaba aquellas cosas, tenía los ojos bajos, llenos de lágrimas, y no lo vió; pero Laura, a quien había intrigado siempre aquel misterio, sintió un agudo dolor en el alma, pues adivinó en el gesto del hombre que palidecía, la página sangrienta de aquella vida.

—Oh, Dios mío!—exclamó apretándose el corazón.

Magdalena se levantó, llamada por la señora, y el capitán Insúa que oyó el suspiro de la joven, se le acercó.

—Laura! ¿qué tiene?

Días antes, él, ganado poco a poco, por la suave y serena belleza de ella, le confesó que la amaba, y ella, simple en sus actos y en sus pensamientos, le declaró lo mismo, con toda la vehemencia de su alma virgen. Convinieron en que él la pediría a su madre una vez que estuviera fuerte y pudiera irse, y que cuando se casaran, renunciaría él a sus locuras revolucionarias.

El único temor que asaltaba al capitán Insúa era de que algún día, la noticia de que él mató al hermano de Laura, pudiera destruir aquel amor que era ya toda su dicha.

Alguna vez sospechó que la madre lo sabía y

habló con el niño Carmelo, poco antes de morir, debe saber el nombre del asesino, y nunca nos lo ha dicho.

Insúa se había puesto intensamente pálido; la mujer que contaba aquellas cosas, tenía los ojos bajos, llenos de lágrimas, y no lo vió; pero Laura, a quien había intrigado siempre aquel misterio, sintió un agudo dolor en el alma, pues adivinó en el gesto del hombre que palidecía, la página sangrienta de aquella vida.

—Oh, Dios mío!—exclamó apretándose el corazón.

Magdalena se levantó, llamada por la señora, y el capitán Insúa que oyó el suspiro de la joven, se le acercó.

—Laura! ¿qué tiene?

Días antes, él, ganado poco a poco, por la suave y serena belleza de ella, le confesó que la amaba, y ella, simple en sus actos y en sus pensamientos, le declaró lo mismo, con toda la vehemencia de su alma virgen. Convinieron en que él la pediría a su madre una vez que estuviera fuerte y pudiera irse, y que cuando se casaran, renunciaría él a sus lócuras revolucionarias.

El único temor que asaltaba al capitán Insúa era de que algún día, la noticia de que él mató al hermano de Laura, pudiera destruir aquel amor que era ya toda su dicha.

Alguna vez sospechó que la madre lo sabía y

esquivaba su compañía; pero la hospitalidad y el afecto de que lo rodeaban deshizo sus temores y lo confirmó en el propósito de guardar su terrible secreto.

Esa noche Laura pensó que la muerte sería menos triste que su vida. ¿Qué iba a hacer ahora que tenía la intuición de que la sangre de su hermano la separaba como un río del hombre que era su dueño?

Su amor triunfó y también a ella le impuso el secreto. Si lograba esconder en el fondo de su conciencia aquel descubrimiento que había revelado a sus ojos con una luz despiadada la vida de él, y lo ocultaba de tal manera que ni él llegara a saber que ella sabía, ni su madre sospechara quién fué el que mató al hijo que lloraba, ¿por qué no había de poder amarle aún y ser su esposa?

En su alma sencilla, el problema quedó resuelto, y al día siguiente, como si tuviese temores de que sus ilusiones pudieran destruirse, rogó a su novio que hablara con su madre.

El capitán Insúa, que había pasado también una noche de angustias, temblando por su secreto, comprendió entonces que Laura nada había sospechado, y habló con la madre.

Y doña Carmen de Borja tuvo a su vez que reprimir los latidos tumultuosos de su corazón, que protestaba contra aquel amor imposible que le evoca-

ba la escena en que su hijo ensangrentado y moribundo le contó cómo había hallado la muerte.

Pero se jugaba la dicha de su hija, a la que no podía condenar a compartir su sombría soledad, y puesto que aquel secreto era suyo sólo, y podía guardarlo para siempre, pues el mismo matador parecía ignorar el nombre de su víctima, ahogó su venganza y otorgó el permiso.

IV

Los tres, defendiendo el mismo secreto, quedaron así atados al recuerdo del muerto, y "la casa de los eucaliptus" pareció tornarse más misteriosa, entre la obscura faja de árboles que gemían al viento.

A veces en las tardes serenas, los tres se reunían a conversar en la galería que daba hacia el riacho, pero cruzaban algunas palabras y se quedaban callados, sin que ninguno de ellos pudiera explicarse aquellos inevitables silencios.

Sólo Magdalena, la criada, como un perro fiel rondando el misterio parecía olfatearlo, y sus ojos enconados por la tristeza, declaraban a todas horas, a los tres tácitos cómplices, que si ella hubiera sabido, nunca habría perdonado.

G. MARTINEZ ZUVIRIA

(La Nota. Buenos Aires.)

ba la escena en que su hijo ensangrentado y moribundo le contó cómo había hallado la muerte.

Pero se jugaba la dicha de su hija, a la que no podía condenar a compartir su sombría soledad, y puesto que aquel secreto era suyo sólo, y podía guardarlo para siempre, pues el mismo matador parecía ignorar el nombre de su víctima, ahogó su venganza y otorgó el permiso.

IV

Los tres, defendiendo el mismo secreto, quedaron así atados al recuerdo del muerto, y "la casa de los eucaliptus" pareció tornarse más misteriosa, entre la obscura faja de árboles que gemían al viento.

A veces en las tardes serenas, los tres se reunían a conversar en la galería que daba hacia el riacho, pero cruzaban algunas palabras y se quedaban callados, sin que ninguno de ellos pudiera explicarse aquellos inevitables silencios.

Sólo Magdalena, la criada, como un perro fiel rondando el misterio parecía olfatearlo, y sus ojos enconados por la tristeza, declaraban a todas horas, a los tres tácitos cómplices, que si ella hubiera sabido, nunca habría perdonado.

G. MARTINEZ ZUVIRIA

(La Nota. Buenos Aires.)

Las ciencias naturales en la escuela primaria

La dificultad de enseñar las Ciencias Naturales es mayor en las escuelas de Enseñanza Secundaria que en las Universidades, y en las de Enseñanza Primaria mayor que en las de Enseñanza Secundaria.

La dificultad de enseñar aumenta en sentido inverso al grado de enseñanza. La razón es la siguiente:

En cada ciencia natural el material acumulado es tan enorme que la tarea principal y no fácil del profesor es la selección de lo más necesario, lo más importante para la enseñanza inmediata.

Es natural que esta selección difícil para un profesor universitario, sea más difícil para el profesor de enseñanza secundaria y primaria.

Tal vez en la práctica no haya tal dificultad porque la preparación del profesor de enseñanza secundaria y primaria es generalmente insuficiente y la selección se hace fácil porque el caudal de conocimientos no es muy grande.

La selección debe ser más severa, más pensada, y hecha con más arte y ciencia en las escuelas primarias y secundarias que en las escuelas de enseñanza superior.

Y la causa es que interviene un factor nue-

vo: el alma del niño, su capacidad mental, sus inclinaciones, los defectos y las ventajas de su entendimiento, a los que el profesor debe atenerse si quiere enseñar bien. El profesor universitario no tiene esta tarea ante sí; para él lo más conveniente es considerar al estudiante como un ciudadano que viene a aprender, que sabe lo que quiere y lo que debe, que es alumno hoy y será amigo de tareas mañana.

Y para poder hacer esta selección con arte y con ciencia el profesor de enseñanza primaria debe tener un caudal de conocimiento mayor que el profesor de enseñanza universitaria, y en la escuela del porvenir, donde los intereses materiales no intervendrán tanto como hoy en los problemas de enseñanza, el niño tendrá al profesor más reconocido, más célebre, más sabio.

La enseñanza de las Ciencias Naturales en la escuela primaria es por lo tanto una tarea muy grave y las dificultades son tan grandes que es permitido preguntarse: tal vez conviene prescindir de esta tarea, pues si el niño saldrá de la escuela con ideas falsas, perderá el interés, el amor hacia la ciencia y en lo futuro aprendería sólo mecánicamente.

Ante todo es evidente el dilema: ¿qué se debe enseñar al niño? ¿El conocimiento de los hechos de que tratan las ciencias naturales o del cemento que une estos hechos, de las ideas en que la totalidad forman la concepción del mundo?

vo: el alma del niño, su capacidad mental, sus inclinaciones, los defectos y las ventajas de su entendimiento, a los que el profesor debe atenderse si quiere enseñar bien. El profesor universitario no tiene esta tarea ante sí; para él lo más conveniente es considerar al estudiante como un ciudadano que viene a aprender, que sabe lo que quiere y lo que debe, que es alumno hoy y será amigo de tareas mañana.

Y para poder hacer esta selección con arte y con ciencia el profesor de enseñanza primaria debe tener un caudal de conocimiento mayor que el profesor de enseñanza universitaria, y en la escuela del porvenir, donde los intereses materiales no intervendrán tanto como hoy en los problemas de enseñanza, el niño tendrá al profesor más reconocido, más célebre, más sabio.

La enseñanza de las Ciencias Naturales en la escuela primaria es por lo tanto una tarea muy grave y las dificultades son tan grandes que es permitido preguntarse: tal vez conviene prescindir de esta tarea, pues si el niño saldrá de la escuela con ideas falsas, perderá el interés, el amor hacia la ciencia y en lo futuro aprendería sólo mecánicamente.

Ante todo es evidente el dilema: ¿qué se debe enseñar al niño? ¿El conocimiento de los hechos de que tratan las ciencias naturales o del cemento que une estos hechos, de las ideas en que la totalidad forman la concepción del mundo?

No hay duda que ya de una edad muy temprana el niño debe aprender un gran número de hechos, que se refieren a la vida que le rodea, y por la capacidad de su memoria se presta apto para aprenderlos, pero los hechos por sí solos no presentan el saber y aislados en el cerebro del niño quedarán pronto borrados por nuevas impresiones y por esta *economía de la memoria* que se resiste a guardar material puesto sin orden y sin ciencia; es sabido que el niño olvida pronto lo que aprende pronto.

Es pues necesario hacer una *selección* entre los hechos que se enseñan al niño. ¿Y con qué guiarse en esta selección? A nuestro modo de ver la selección de los hechos del dominio de las ciencias naturales que se enseñan al niño debe verificarse ajustándose a la regla siguiente: *aquellos hechos que demuestran que la naturaleza es bella, quedarán grabados en la memoria y alma del niño.*

Puede parecer una paradoja: al niño hay que enseñarle la filosofía de las ciencias naturales, hay que principiar con ellos donde termina el sabio. La vida no merecería ser vida, dice Henry Poincaré, al terminar una vida laboriosa y fecunda, si no fuera bella.

El niño recibirá con más facilidad una imagen que una descripción de un hecho cualquiera, sea muy exacta, muy verídica, y recibirá esta imagen con cariño si es bella, porque el alma del niño es sintética y no analítica y

por lo tanto es más apta para las ideas de la síntesis y no del análisis.

De las impresiones de lo bello vendrá el cariño y el amor hacia el universo, siempre misterioso, y hacia las Ciencias Naturales que se esfuerzan por penetrar en sus misterios, afrancárselos y apropiarse de ellos.

Bien, y en los dominios de las Ciencias Naturales (v. g. en mineralogía y geología que son de nuestra especialidad) hay material de sobra para demostrar que la naturaleza es bella, merece ser vivida, pensada y admirada.

El cristal con sus perfectas formas geométricas, con sus colores magníficos, un verdadero príncipe del reino mineral, que como los príncipes necesita condiciones peculiares para su desarrollo, libertad y espacio ante todo.

El cristal que, *nace, crece y muere* y vive más que millares de generaciones humanas; una simple roca, un grano de granito viejo, viejo de una vejez incalculable, que se destruye por el agua, por el viento, por el hielo y destruyéndose forma una roca nueva que también vivirá para ser destruída y así sin fin, vivir y morir, morir y vivir. Una montaña alta, magestuosa, inaccesible, capaz de sugerir hasta el miedo en la imaginación del niño, la montaña que crece, vive y muere; el río que con una fuerza poderosa transporta millares de toneladas de mineral desde la montaña hasta los valles y el mar; el reino de frío perpetuo, de nieve penitente, de montañas de hielo que

por lo tanto es más apta para las ideas de la síntesis y no del análisis.

De las impresiones de lo bello vendrá el cariño y el amor hacia el universo, siempre misterioso, y hacia las Ciencias Naturales que se esfuerzan por penetrar en sus misterios, arrancárselos y apropiarse de ellos.

Bien, y en los dominios de las Ciencias Naturales (v. g. en mineralogía y geología que son de nuestra especialidad) hay material de sobra para demostrar que la naturaleza es bella, merece ser vivida, pensada y admirada.

El cristal con sus perfectas formas geométricas, con sus colores magníficos, un verdadero príncipe del reino mineral, que como los príncipes necesita condiciones peculiares para su desarrollo, libertad y espacio ante todo.

El cristal que, *nace, crece y muere* y vive más que millares de generaciones humanas; una simple roca, un grano de granito viejo, viejo de una vejez incalculable, que se destruye por el agua, por el viento, por el hielo y destruyéndose forma una roca nueva que también vivirá para ser destruída y así sin fin, vivir y morir, morir y vivir. Una montaña alta, magestuosa, inaccesible, capaz de sugerir hasta el miedo en la imaginación del niño, la montaña que crece, vive y muere; el río que con una fuerza poderosa transporta millares de toneladas de mineral desde la montaña hasta los valles y el mar; el reino de frío perpetuo, de nieve penitente, de montañas de hielo que

se mueven lentamente hacia los valles para alimentar los campos del labriego, o destruirlos si se les antoja; el rayo de sol que deshace las piedras, y el sordo ruido en la montaña de las piedras desprendidas que llaman en la imagen de los mineros, niños también, espectros de magos buenos y malos; el fósil, el resto de un ser orgánico que ha vivido millones de años atrás y cuya imagen petrificada podemos contemplar, y mil hechos más, explicados al niño en una forma debida, tendrán el efecto de que ya hemos hablado: despertar en el alma del niño el amor y el interés hacia las Ciencias Naturales.

La sabiduría fría, exacta, puntual, vendrá después.

Enseñar al niño consideramos un arte, y el maestro debería tener como tarea principal amalgamar el arte con la ciencia.

MOISES CANTOR

(*Revista de Filosofía*. Buenos Aires).

El Puente de los Suspiros

De HOOD

*¡Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna desechada
Que por fin logró morir.*

*Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.*

*Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aún gotea el oleaje
Del naufragio del dolor.
¡Recogedla sin ultraje!
¡Recogedla con amor!*

*¡Ni una burla ni un agravio
Le hagan mente, o tacto, o labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;*

El Puente de los Suspiros

De HOOD

¡Otra, otra infortunada
Ya cansada de vivir!
Importuna despechada
Que por fin logró morir.

Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.

Como al niño los pañales,
Como lienzos funerales
Se le adhiere el casto traje,
Do aún gotea el oleaje
Del naufragio del dolor.
¡Recogedla sin ultraje!
¡Recogedla con amor!

¡Ni una burla ni un agravio
Le hagan mente, o tacto, o labio!
Pensad de ella como hermanos,
Como débiles humanos;

*Pensad sólo en sus angustias
Y sus manchas olvidad.
¿Qué hay en esas formas mustias
Que no implore caridad?*

*No hagáis honda, cruel pesquisa
Del conflicto que insumisa
La encontró con el deber;
Ya la muerte en su torrente
Llevó el fango, y solamente
Queda el oro de su sér.*

*Sus errores, sus deslices
¡Son de tántas infelices
Hijas de Eva! . . . Su contagio
Desvalida la encontró.
Por la herencia que nos toca
Enjugad en esa boca
Las espumas del naufragio . . .
Trago acerbo, pero el último
Que el amor le presentó.*

*¡Ricos eran sus cabellos!
Componedlos cual solía
Cuando, mísera, esperaba
Y creía en el amor.
¡Ah! decidnos, gajos bellos,
¿Dó está el peine que os peinaba?
¿Dó el humilde tocador?*

*¿Quién sus padres nos diría?
¿Tuvo hermana, tuvo hermano?
¿O uno acaso más cercano
Y más caro todavía?*

*¡Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad!
¡Oh gran lástima! ¡oh avara
Inhumana humanidad!
¡Que a una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad!*

*¿Ya no hay padres, no hay hermanos?
¿Ya no hay vínculos humanos?
¿Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró?
¿Y aun la santa Providencia
A su grey desamparó?*

*Desde aquí tal vez la mísera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tántas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;*

¿Quién sus padres nos diría?
¿Tuvo hermana, tuvo hermano?
¿O uno acaso más cercano
Y más caro todavía?

¡Ah, en el mundo cuánto es rara
La cristiana caridad!
¡Oh gran lástima! ¡oh avara
Inhumana humanidad!
¡Que a una víctima indefensa
Falte hogar en esta inmensa
Babilónica ciudad!

¿Ya no hay padres, no hay hermanos?
¿Ya no hay vínculos humanos?
¿Reina, pues, la indiferencia
Y el amor se desterró?
¿Y aun la santa Providencia
A su grey desamparó?

Desde aquí tal vez la misera
Al nocturno cierzo impío,
Recorría tantas lámparas
Que refleja el ancho río,
Y la tibia luz de innúmeras
Galerías y ventanas
Que pintaban en su espíritu,
Tras de velos y persianas,
Cada cual la paz y el júbilo
De un amor y de un hogar;

*¡Mientras ella, aislada y huérfana,
No tenía más que lágrimas
Y ni dónde ir a llorar!*

*Y la endeble criatura
Tiritaba de hambre y frío,
No de hística pavora,
Al mirar de tanta altura,
Relumbrar siniestro el río.*

*Ya palpaba los dolores,
No sus duendes y terrores;
Ya sabía el cuento serio
Que la vida le enseñó;
Y tentábale el misterio
Que la fácil muerte esconde;
El transporte de lanzarse,
De exhalarse en un segundo
Para ir . . . ¿qué importa a dónde?
¡Fuera, fuera de este mundo!
Y esa idea devolvió
A su labio la sonrisa;
Dióse prisa y se lanzó.*

*Ven, alegre libertino,
A mirarte en esta escena
Que ameniza tu camino
Por el Támesis o el Sena.*

*Ven, recoge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
¡Brinda y bebe sin espanto
De esa espuma y sangre y llanto
Con que riegas tu jardín!*

*Recogedla con blandura,
Con gentil solicitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.*

*Componed sus miembros frígidos
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se revelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se les dé.
Y cerradle luego, luego,
Esos ojos ya sin fuego,
Que parecen los de un ciego
Que nos mira y no nos ve;
Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada
A abrazar la muerte fué.*

*Ven, recoge tus laureles,
Y regálate cual sueles
En el baño y el festín.
¡Brinda y bebe sin espanto
De esa espuma y sangre y llanto
Con que riegas tu jardín!*

*Recogedla con blandura,
Con gentil solitud.
¡Cuán delgada! Su figura
Cuenta aún su desventura,
Su belleza y juventud.*

*Componed sus miembros frígidos
Con esmero casto y pulcro
Antes, antes de que rígidos
Se revelen al sepulcro,
Y que al menos en su fosa
Paz y abrigo se les dé.
Y cerradle luego, luego,
Esos ojos ya sin fuego,
Que parecen los de un ciego
Que nos mira y no nos ve;
Porque allí quedó clavada
Sólo esa última mirada
Con que ansiosa y acosada
A abrazar la muerte fué.*

*¡Triste fin de una existencia
 Aun más triste! En su demencia
 La empujaron al abismo
 La crueldad del egoísmo
 Y la afrenta de su error.
 Débil fue, mas no inocente.
 Cruzad, pues, humildemente
 Sus dos manos sobre el pecho.
 Cual si orara sin despecho
 Silenciosa y reverente;
 ¡Y delito y delincuente
 Dejad ambos al Señor!*

RAFAEL POMBO

(El Marconigrama. Londres).

Bolívar, guerrero ⁽¹⁾

COMO guerrero pocos han luchado como Bolívar y por tanto tiempo y con enemigos tan poderosos y disciplinados como los que España le puso delante. Organizó y dirigió once campañas, desde la del Magdalena, en Nueva Granada, en 1812, hasta la del Perú en 1824 y 1825, y mandó en Jefe treinta y siete batallas campales, entre las que figuran las de Carabobo, la de Araure, las de Boyacá y Bomboná, y, finalmente, la de Junín. Como guerrero, por otro aspecto, Bolívar es único, y apenas si pueden señalarse semejanzas más o menos acordes con el escenario y la época en que actuó.

La disciplina y la audacia triunfan con Alejandro en los antiguos tiempos. Las tres batallas que le abrieron el Asia fueron decididas por las falanges macedónicas que él mismo mandaba y que arrojaba sobre masas estúpidas y confusas. En el Gránico y Arbelas vence él con Grecia sobre Persia, la civilización sobre la barbarie, la libertad occidental sobre el despotismo de Oriente, pero el siglo de Alejandro fue para Grecia el suntuoso y triste crepúsculo

(1) Capítulo de un libro inédito.

Bolívar, guerrero ⁽¹⁾

Como guerrero pocos han luchado como Bolívar y por tanto tiempo y con enemigos tan poderosos y disciplinados como los que España le puso delante. Organizó y dirigió once campañas, desde la del Magdalena, en Nueva Granada, en 1812, hasta la del Perú en 1824 y 1825, y mandó en Jefe treinta y siete batallas campales, entre las que figuran las dos de Carabobo, la de Araure, las de Boyacá y Bomboná, y, finalmente, la de Junín. Como guerrero, por otro aspecto, Bolívar es único, y apenas si pueden señalarse semejanzas más o menos acordes con el escenario y la época en que actuó.

La disciplina y la audacia triunfan con Alejandro en los antiguos tiempos. Las tres batallas que le abrieron el Asia fueron decididas por las falanges macedónicas que él mismo mandaba y que arrojaba sobre masas estúpidas y confusas. En el Gránico y Arbelas vence él con Grecia sobre Persia, la civilización sobre la barbarie, la libertad occidental sobre el despotismo de Oriente, pero el siglo de Alejandro fue para Grecia el suntuoso y triste crepúsculo

(1) Capítulo de un libro inédito.

que precede al ocaso del sol. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica. Aristóxenes refiere en sus *Memorias* que su cuerpo exhalaba grato aroma; que manaba de su boca y de toda su persona un olor delicioso que perfumaba sus vestidos. Sus ojos eran vivísimos, agrega Plutarco, llevaba el cuello ligeramente inclinado hacia el hombro izquierdo, y su tez era muy blanca y esa blancura tomaba el tinte de la rosa en el rostro y en el pecho. Llevaba consigo la *Ilíada*, considerándola como el oráculo del arte militar; por la noche la guardaba bajo su cabecera con su espada. Llegado a Troya, subió al templo de Minerva e hizo un sacrificio a la diosa y libaciones a los héroes; regó con aceite y colocó una corona sobre la tumba de Aquiles. Su pasión fue la gloria, la fama su fin. Ser aplaudido y coronado de rosas en Atenas, hé ahí el ideal de sus conquistas; mas no traspuestos aún los umbrales de la juventud, embriagado con las delicias de Oriente, cubierto de laureles, fallece, como había nacido, porfirógénito, entre la púrpura y el vino. Nadie le ha igualado en gloria, ninguno en belleza heroica, por eso decía Chateaubriand que es el hombre que más se ha asemejado a los dioses inmortales!

Aníbal fue el primer militar que mostró dotes estratégicas, y, según Napoleón, no tuvo par en la antigüedad. Él, colocando la infantería en el centro, la caballería en las alas y al frente la artillería, inventó el orden de batalla

que en las más tormentosas épocas del mundo fué la cartilla de los guerreros, la de Gustavo Adolfo, Condé, Turena y el gran Federico. Su vida fué la más vasta, la más grande, la más enérgica del mundo. A los nueve años ciñe la espada y jura venganza en el altar de sus padres. Increíblemente audaz para correr hacia el peligro y maravillosamente prudente en él, nos dice Tito Livio; infatigable de cuerpo y de espíritu, dormía sobre el suelo, cubierto con su capa; frugal, sufrido, descuidado en el vestir, se le distinguía sólo por sus armas y sus caballos; era el primero en llegar al combate, y el último en retirarse. Con una *tropa de salvajes*, al decir de Polibio, escala los Alpes cuando la nieve cubre las montañas, y, desde su cima, reanima los corazones de sus soldados mostrándoles con el dedo las fértiles llanuras que riega el Po, los jardines de Italia y la campiña romana. Acampa en los pingües campos del Piamonte, avanza sobre Turín, sobre Milán; vence al enemigo en las orillas del Tesin, después en las del Trebia; franquea los Apeninos y los pantanos del Arno; desbarata al Cónsul Flamínio en el lago de Trasimene; costea el Adriático, descende hacia Apulia, y, describiendo un semicírculo, se cierne, como un águila sobre su presa, sobre Roma. En Cannas parece sucumbir para siempre el valor latino, y Aníbal, ebrio de triunfos, se entrega a las delicias de Capua, mas para luchar aún catorce años, para desplegar todo el poder de su ge-

que en las más tormentosas épocas del mundo fué la cartilla de los guerreros, la de Gustavo Adolfo, Condé, Turena y el gran Federico. Su vida fué la más vasta, la más grande, la más enérgica del mundo. A los nueve años ciñe la espada y jura venganza en el altar de sus padres. Increíblemente audaz para correr hacia el peligro y maravillosamente prudente en él, nos dice Tito Livio; infatigable de cuerpo y de espíritu, dormía sobre el suelo, cubierto con su capa; frugal, sufrido, descuidado en el vestir, se le distinguía sólo por sus armas y sus caballos; era el primero en llegar al combate, y el último en retirarse. Con una tropa de salvajes, al decir de Polibio, escala los Alpes cuando la nieve cubre las montañas, y, desde su cima, reanima los corazones de sus soldados mostrándoles con el dedo las fértiles llanuras que riega el Po, los jardines de Italia y la campiña romana. Acampa en los pingües campos del Piamonte, avanza sobre Turín, sobre Milán; vence al enemigo en las orillas del Tesin, después en las del Trebia; franquea los Apeninos y los pantanos del Arno; desbarata al Cónsul Flamínio en el lago de Trasimene; costea el Adriático, descende hacia Apulia, y, describiendo un semicírculo, se cierne, como un águila sobre su presa, sobre Roma. En Cannas parece sucumbir para siempre el valor latino, y Aníbal, ebrio de triunfos, se entrega a las delicias de Capua, mas para luchar aún catorce años, para desplegar todo el poder de su ge-

nio, para marchar, correr, volar de ciudad en ciudad, de confín en confín, para caer y levantarse y escapar y aparecer, como el Terror, ante Roma. Su fin fue la libertad de su patria, y el odio inmisericorde a los enemigos de ella, el resorte de su acción. Traicionado y perseguido, después de cincuenta años de brega, cuando ya no puede luchar más, toma el veneno y muere por una causa santa; la más santa de todas, la resistencia contra el usurpador extranjero.

El genio guerrero de Julio César se mostró en el arte de acampar, asaltar y fortificarse contra los ataques de los bárbaros. En menos de diez años que ha durado su guerra en las Galias, dice Plutarco, ha tomado por asalto más de ochocientas ciudades, sometido trescientas naciones diferentes y combatido, en batallas campales, contra tres millones de enemigos. Es el mortal más completo que ha vivido jamás. Tuvo todas las seducciones humanas: era fuerte, bravo, arrogante, elocuente, noble, pródigo, elegante, hermoso; vencedor de Grecia, respetó sus glorias y dió libertad a los vencidos de Farsalia, diciéndoles: "os salvan vuestros grandes muertos"; vencedor en Alesia, la destruye, la arrasa en sus cimientos, y unce Vercingétoris a su carro triunfal. Tuvo todas las virtudes y todos los vicios: gran político, gran orador, gran guerrero, gran escritor, gran seductor, y todo sin escrúpulos; fué su pensamiento triunfar y dominar sobre todos

y conquistar a Roma, su patria, que había conquistado el mundo. Mas, cuando sueña en ensanchar aún las fronteras del imperio; vengar a Craso sobre los partos; domar los dacios y getas y agregar a sus hazañas las de Alejandro, regresando de las márgenes del Indo circundado de gloria inmarcesible, César, como una bestia feroz acorralada por los cazadores, se debate en el Senado, entre los puñales de sus amigos, hasta caer cubierta la cabeza con su toga, al pie de la estatua de Pompeyo!

Federico, el grande, descubrió el arte de emplear las armas: infantería, caballería, artillería, según las condiciones del terreno. En Leuthen, batalla que Napoleón llamó su obra maestra, dió grande importancia a la infantería, provista ya del fusil de bayoneta, inventada por Vauban, el primer ingeniero de su tiempo, quien por tal reforma fue el verdadero fundador de la táctica moderna. Pensaba que la mejor defensiva era la ofensiva, y a su tenacidad en las retiradas y actividad en las victorias, sus más heroicas virtudes, debió el hacer frente durante siete años a una coalición de naciones: Francia, Austria, Rusia. Guerrero extraordinario, genial administrador, fundó la grandeza de Alemania; político escéptico, preparó la descuartización de Polonia; filósofo impío; elegante escritor francés; comentarista de Maquiavelo y Montesquieu en sus ocios de Sans-Souci; clásico historiador; poeta aun en los campos de batalla; amigo de to-

y conquistar a Roma, su patria, que había conquistado el mundo. Mas, cuando sueña en ensanchar aún las fronteras del imperio; vengar a Craso sobre los partos; domar los dacios y getas y agregar a sus hazañas las de Alejandro, regresando de las márgenes del Indo circundado de gloria inmarcesible, César, como una bestia feroz acorralada por los cazadores, se debate en el Senado, entre los puñales de sus amigos, hasta caer cubierta la cabeza con su toga, al pie de la estatua de Pompeyo!

Federico, el grande, descubrió el arte de emplear las armas: infantería, caballería, artillería, según las condiciones del terreno. En Leuthen, batalla que Napoleón llamó su obra maestra, dió grande importancia a la infantería, provista ya del fusil de bayoneta, inventada por Vauban, el primer ingeniero de su tiempo, quien por tal reforma fue el verdadero fundador de la táctica moderna. Pensaba que la mejor defensiva era la ofensiva, y a su tenacidad en las retiradas y actividad en las victorias, sus más heroicas virtudes, debió el hacer frente durante siete años a una coalición de naciones: Francia, Austria, Rusia. Guerrero extraordinario, genial administrador, fundó la grandeza de Alemania; político escéptico, preparó la descuartización de Polonia; filósofo impío; elegante escritor francés; comentarista de Maquiavelo y Montesquieu en sus ocios de Sans-Souci; clásico historiador; poeta aun en los campos de batalla; amigo de to-

do lo grande y todo lo bello, y amigo de Voltaire!

Napoleón dió importancia capital a la topografía y al estudio minucioso y científico de los mapas, esto es, aplicó las matemáticas a la guerra. "El terreno es el tablero de un general, decía; su buena o mala elección decide de su talento". Fue maestro consumado en la dirección de los movimientos generales, en los planes de campaña y en el arte de escoger el punto propicio para herir y de buscar, para vencer, un aliado en el terreno y un presagio seguro en la superioridad de la fuerza. "Calculaba bien, marchaba con celeridad, y la fortuna hacía el resto." Prefería a las grandes y pesadas masas de combatientes, los pequeños y ágiles ejércitos que movilizaba y hacía maniobrar como fichas de ajedrez: "No es el gran número, conversaba en Santa Elena, el que proporciona la victoria. Alejandro derrotó trescientos mil persas con veinte mil macedonios. Los planes más audaces fueron siempre los que mejor me salieron".

Napoleón fué también legislador y, a su pesar, propagandista de la revolución: "He dado un código a Francia que sobrevivirá a los demás monumentos de mi poder"; dió al mundo portentosa lección de energía, que guarda intacta, como preciosa herencia, el pueblo francés; pero guerrero ante todo y sobre todo llevó el arte de la guerra a su perfección y dió la última mano al gran cuadro heroico de la his-

toria, prestándole una sublimidad cuasi divina que no podrán ajar los siglos. Su quimera imperial ha devorado, entre 1804 y 1815, más de un millón setecientos mil franceses, a los cuales hay que agregar dos millones de hombres extranjeros, muertos a título de aliados o de enemigos. "Sólo tres bellos días cuento en mi vida, decía: Marengo, Austerlitz y Jena". ¡Cuánta gloria en tres palabras!

Bolívar, sin inventar nada, reunió asombrosamente casi todas las pujanzas y virtudes de sus predecesores. En Junín, Carabobo y Bomboná mostró el arrojo olímpico de Alejandro; en la campaña de Boyacá fué un nuevo Aníbal, más grande por haber vencido más grandes obstáculos; tuvo la seducción, la elocuencia, el estilo, las debilidades y el genio pasmosamente múltiple de César; el talento, el buen gusto, la actividad, la constancia, el rictus de impiedad del gran Federico; la visión aquilina y la rápida y segura ejecución de Bonaparte, y, más que todo, la audacia, la férrea voluntad, el sublime coraje, el sublime rencor y el sublime ideal de Aníbal. Como él, Bolívar lucha no sólo con los hombres sino también con los elementos: "Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclama entre las ruinas de un terremoto, lucharemos contra ella y la someteremos"; como él, lo guía una divina venganza, la más digna de las pasiones humanas, contra el brutal español y todo lo que él significa de fanatismo, superstición y tiranía:

toria, prestándole una sublimidad cuasi divina que no podrán ajar los siglos. Su quimera imperial ha devorado, entre 1804 y 1815, más de un millón setecientos mil franceses, a los cuales hay que agregar dos millones de hombres extranjeros, muertos a título de aliados o de enemigos. "Sólo tres bellos días cuento en mi vida, decía: Marengo, Austerlitz y Jena". ¡Cuánta gloria en tres palabras!

Bolívar, sin inventar nada, reunió asombrosamente casi todas las pujanzas y virtudes de sus predecesores. En Junín, Carabobo y Bomboná mostró el arrojo olímpico de Alejandro; en la campaña de Boyacá fué un nuevo Aníbal, más grande por haber vencido más grandes obstáculos; tuvo la seducción, la elocuencia, el estilo, las debilidades y el genio pasmosamente múltiple de César; el talento, el buen gusto, la actividad, la constancia, el rictus de impiedad del gran Federico; la visión aquilina y la rápida y segura ejecución de Bonaparte, y, más que todo, la audacia, la férrea voluntad, el sublime coraje, el sublime rencor y el sublime ideal de Aníbal. Como él, Bolívar lucha no sólo con los hombres sino también con los elementos: "Si la naturaleza se opone a nuestros designios, exclama entre las ruinas de un terremoto, lucharemos contra ella y la someteremos"; como él, lo guía una divina venganza, la más digna de las pasiones humanas, contra el brutal español y todo lo que él significa de fanatismo, superstición y tiranía:

“Diga usted a su rey y a su nación, le dice al gobernador de Cartagena que le proponía tratados de paz en nombre de Fernando VII, que el pueblo de Colombia está resuelto a combatir por siglos y siglos contra los españoles, contra todos los hombres, y aun contra los inmortales, si éstos toman parte en la causa de España”; recorre más espacio en América que los Tamerlanes y Gengiskanes en Asia; escala con ejércitos salvajes las más altas montañas, acampa en los más inclementes desiertos y vadea los mayores ríos. En todas las cosas se ha instruido no por la especulación sino por la práctica, y como Napoleón que se jactaba de que nada había en la guerra que no pudiera hacer él mismo: “Si no hay nadie que haga pólvora, yo sé fabricarla; sé construir cureñas, sé fundir cañones”, Bolívar era competente para todas las faenas, desde las más elevadas: estrategia, diplomacia, legislación, hacienda, hasta las más bajas y manuales, pero importantes para el éxito de la guerra. Véase, si no, aquella célebre carta, escrita en vísperas de Junín, en la cual daba minuciosas instrucciones a sus intendentes y proveedores sobre los potreros, pastos, aguas que debían servir para engordar las caballerías que iban a decidir la gran batalla; sobre la calidad, espesor, dimensiones de las herraduras, clavos, etc. Ante los asombrosos éxitos alcanzados puede afirmarse, pues, sin vacilar, que todas las órdenes, instrucciones, ordenanzas, decre-

tos del Libertador, fueron obras maestras de previsión, de buen juicio, de tino, de genial competencia.

Tenaz, cínico, calculador, astuto, fecundo, terrible, colérico, indolente, enamorado, cruel, todo como el cartaginés, murió como él en la tristeza y la desolación, pero más afortunado, viendo vencidos a sus enemigos y libre a su patria. Sabio legislador, pero mal político, lo mismo que Napoleón, no tuvo como él la ambición de Alejandro y de César, la de los conquistadores que aspiran a dominar y reinar en una patria engrandecida por ellos. Aníbal y Bolívar fueron héroes y mártires de la libertad y del derecho. Todos tienen sobre el Libertador, es cierto, la excelsitud y esplendidez del escenario y la maravillosa pátina de los siglos.

CORNELIO HISPANO

1916.

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

tos del Libertador, fueron obras maestras de previsión, de buen juicio, de tino, de genial competencia.

Tenaz, cínico, calculador, astuto, fecundo, terrible, colérico, indolente, enamorado, cruel, todo como el cartaginés, murió como él en la tristeza y la desolación, pero más afortunado, viendo vencidos a sus enemigos y libre a su patria. Sabio legislador, pero mal político, lo mismo que Napoleón, no tuvo como él la ambición de Alejandro y de César, la de los conquistadores que aspiran a dominar y reinar en una patria engrandecida por ellos. Aníbal y Bolívar fueron héroes y mártires de la libertad y del derecho. Todos tienen sobre el Libertador, es cierto, la excelsitud y esplendidez del escenario y la maravillosa pátina de los siglos.

CORNELIO HISPANO

1916.

(*Revista Moderna*. Bogotá.)

Consideraciones sobre "Don Juan"

CON la visita a las tumbas de este gris noviembre, de nostalgias y esplines, llega todos los años la evocación de aquel simpático descarado por quien las tumbas se poblaron, el "gallardo y calavera" Don Juan del alma mía. Cinco teatros de Madrid representan el drama de Zorrilla ante una sala llena. Enrique Borrás, el prestigioso actor y el más ilustre tenorio de este año, es un Don Juan mitigado pero admirable. ¿Confesaré que me place la obra entrañablemente? Sonreiré por supuesto de algunos "ángeles" o "palomas de amor", sonreiré cuando la metáfora adulzorada y sevillana tiene prolijidades de arabesco. Nuestro realismo minucioso admite difícilmente espectros y ánimas en pena. Pero en conjunto "Don Juan" deja en nosotros la resonancia de un drama de Calderón. "La vida es amor....." y sueño a ratos.

Parece un acto sacramental, una tragedia mística. El gran conflicto escolástico de los siglos medios entre la predestinación y la libertad, aquí se resuelve de la más simpática y española manera. "Está de Dios" que Don Juan se salve.

Se respetará, sin embargo, su libertad, su albedrío, pero, mostrándole en una fantasmagoría la muerte próxima, se le invita eficazmente al acto de contrición. Es un "acomodo con el cielo", uno de esos santos tartufismos que inventara a menudo la caridad peninsular y sobre todo la andaluza. Triunfan la gracia santificante y la voluntad de una mujer.

No olvidéis que estamos en la tierra de María Santísima. Y es una delegada suya, una de esas pálidas y meladas sevillanas de Murillo, la que llega del otro mundo a rescatar el alma del amador. ¡Cuál tarea más santa y cuál rescate más profano! El pecador no sabe si se convierte o ama, la religión y el amor se asocian, la ruta al cielo se transforma en un viaje de novios.

Pero hay muchos otros "españolismos" que voy notando al pasar para comprender el éxito asombroso de este drama. Todo es innegablemente español aquí. Lo es la arrogancia fanfarrona con las mujeres. Mirad en la calle el desenfado con que la requiere de amores el más hampón transeunte. Recordad la facilidad con que Don Quijote, a pesar de su mala catadura y su fino entendimiento cree y razona el amor rendido de Altisidora. Es española—leed cartas de novela popular y los "avisos" amorosos de los periódicos—este intelecto de amor florido, este arábigo lujo de tropos con que se adorna

Se respetará, sin embargo, su libertad, su albedrío, pero, mostrándole en una fantasmagoría la muerte próxima, se le invita eficazmente al acto de contrición. Es un "acomodo con el cielo", uno de esos santos tartufismos que inventara a menudo la caridad peninsular y sobre todo la andaluza. Triunfan la gracia santificante y la voluntad de una mujer.

No olvidéis que estamos en la tierra de María Santísima. Y es una delegada suya, una de esas pálidas y meladas sevillanas de Murillo, la que llega del otro mundo a rescatar el alma del amador. ¡Cuál tarea más santa y cuál rescate más profano! El pecador no sabe si se convierte o ama, la religión y el amor se asocian, la ruta al cielo se transforma en un viaje de novios.

Pero hay muchos otros "españolismos" que voy notando al pasar para comprender el éxito asombroso de este drama. Todo es innegablemente español aquí. Lo es la arrogancia fanfarrona con las mujeres. Mirad en la calle el desenfado con que la requiere de amores el más hampón transeunte. Recordad la facilidad con que Don Quijote, a pesar de su mala catadura y su fino entendimiento cree y razona el amor rendido de Altisidora. Es española—leed cartas de novela popular y los "avisos" amorios de los periódicos—este intelecto de amor florido, este arábigo lujo de tropos con que se adorna

aquí la frase apasionada. Y la aventura donjuanesca, la conquista por la conquista más que por la presa, el afán sin tregua ni término, están delatando la voluntad antigua de Teresa, de Quijote, de Ignacio. ¿No es idéntico tesón con objetos diversos? Un corazón, el cielo, la ínsula, Dulcinea, doña Inés, todo es semejante blanco para la puntería de estas almas certeras y aceleradas. Esa misma recomendación devota, esa idea del Cielo como un concurso en donde amistades y compadrazgos pueden aprobar o suspender al postulante, ¿no la hemos compartido todos, cuando creíamos? Y en fin, las vacilaciones de Don Juan en el cementerio y en el banquete, su brusca duda sobre la realidad del mundo—por donde Calderón se acerca a la filosofía alemana—; no fué siempre como en tan castiza aventura de Segismundo, el minuto de fatiga en el esforzado, el minuto en que el árabe soñador suplanta al capitán de tercios de matarifes?

Es español nuestro héroe, pero es también universal. ¿Quién no lleva un Don Juan adentro? Un Don Juan que no siempre puede salir a luz pero sueña, por lo menos, en ver rendidas a todas las mujeres. El Tenorio es nuestro mal pensamiento, nuestro querido mal pensamiento de los veinte años. Los tuvo siempre este hombre y fué tal vez su tragedia. La nuestra es no tenerlos sino una vez. Envejecemos. A la pereza de

corazón le llamamos fidelidad, y al miedo a la aventura "sentar la cabeza". Pero con melancolía sedentaria miramos a los divinos nómades del amor para quienes tiene un sentido terrible la palabra eterno.

Fué el resquemor de Don Juan. ¡Cariño eterno! ¿Existe acaso? Cuantos han amado os dirán, si son sinceros, que se disipa luego, por lo menos, la dulzura del primer diálogo y la virginal torpeza del beso. Amarse es pronto una costumbre y un confort. No mudamos muchas veces de mujer ni de domicilio, por no desordenar algunos pensamientos y algunos libros.

Pero allí, en cualquiera esquina, emboscada nos espera la mujer ideal—ideal porque es distinta, encantadora porque el hálito no la ha desprestigiado aún. Si la aceptamos, pasará luego este minuto como los otros. En vano los poetas, urgentemente cordiales, están urdiendo halos morosos para la pasajera santidad del amor. Toda la lírica no ha sido sino un reproche al cariño que se disipa, que no puede menos que disiparse. ¡Pólvora en salvas! Quizá no existe la Elegida, la Única. No siempre fué mala ventura si no le dimos a Dulcinea tan soñado entendimiento de hermosura que en ninguna venta del mundo la hallaremos. No me extraña que un gran poeta haya tenido por compañera de su vida a una cocinera. Si no llega la que no pue-

corazón le llamamos fidelidad, y al miedo a la aventura "sentar la cabeza". Pero con melancolía sedentaria miramos a los divinos nómades del amor para quienes tiene un sentido terrible la palabra eterno.

Fué el resquemor de Don Juan. ¡Cariño eterno! ¿Existe acaso? Cuantos han amado os dirán, si son sinceros, que se disipa luego, por lo menos, la dulzura del primer diálogo y la virginal torpeza del beso. Amarse es pronto una costumbre y un confort. No mudamos muchas veces de mujer ni de domicilio, por no desordenar algunos pensamientos y algunos libros.

Pero allí, en cualquiera esquina, emboscada nos espera la mujer ideal—ideal porque es distinta, encantadora porque el hálito no la ha desprestigiado aún. Si la aceptamos, pasará luego este minuto como los otros. En vano los poetas, urgentemente cordiales, están urdiendo halos morosos para la pasajera santidad del amor. Toda la lírica no ha sido sino un reproche al cariño que se disipa, que no puede menos que disiparse. ¡Pólvora en salvas! Quizá no existe la Elegida, la Única. No siempre fué mala ventura si no le dimos a Dulcinea tan soñado entendimiento de hermosura que en ninguna venta del mundo la hallaremos. No me extraña que un gran poeta haya tenido por compañera de su vida a una cocinera. Si no llega la que no pue-

de venir, ¡qué más dan fregonas o marquesas!

Vamos tropezando por supuesto con lo que Schopenhauer llamaría las emboscadas de la especie. Esta mujer que pasa, es precisamente y con urgencia, la felicidad. Sigámosla, abandonemos todo para seguirla hasta la esquina en donde la trocaremos por cualquiera otra. La primavera pérfida colabora a estos altos de gala en el camino. Todos hemos sentido en esos peligrosos días tibios, macerada el alma en ternuras, la necesidad de balbucear sandeces o penas viejas. "Lloró sobre mi chaleco", dice la burla de Francia. ¿Sobre cuántas blusas que pasan vamos a hacer lo mismo? Instalaríamos en un pisito discreto a cada mujer y si nos niegan la golosina, somos capaces de no dormir según el código romántico.

¿Compartió Don Juan tales ansias? Lo anterior me parece expresar precisamente "lo que no sintió Don Juan". Tuvo demasiada salud espiritual para hacer el ridículo como Alfredo de Musset en Venecia. Estaba en primavera siempre. Si quisiéramos valernos del manoseado mito griego, diríamos que la flecha de este arquero ejemplar, iba directa al blanco. Era el halcón de las monterías viriles y no esta golondrina nostálgica de aleros en que ha venido a simbolizarse nuestro vacilante y cobarde amor. Mi amigo Giovanni Papini, el admirable florentino, escri-

bió un cuento: "El hombre que se gulle amor". Era Don Juan. Estoy de acuerdo en compararlo al amor como un abandono, como una entrega. Y Don Juan no se ha entregado nunca. Se limita a hojear mujeres. Es un gran admirador al "roman psychologique" de cada una. Se agotamos ahora como un Schopenhauer, simplemente. No dirá, como los vulgares, que todas las mujeres son iguales. Sabrá discernir en cada cual gracia y modos de delicadeza. Y concebimos que pueda sentir, al encontrar, la melancolía del químico mortificado en haber agotado las experiencias. Por este motivo tiene cabida la mística. ¡Miseria! No podemos acaparar todos los éxitos. Mil y tres veces que fueron los suyos. Pero hay millones de experiencias probables. Y ante la melancolía de esta parquedad, excuso que un espíritu delicado vaya a la iglesia para emplear su amor sobriamente. Ya, por lo demás, el amor a Inés significa la fatiga de Don Juan. Dice que ama en ella la virtud y esto infiere vejez. Para los paladares estragados fué siempre condimento la pureza. Pero el buen apetito de Casanova acepta todo, manja u horizontal, sin preferencias.

Se ha enmohecido la veleta. Desde entonces ya no nos interesa o nos seduce de otro modo. Nietzsche hubiera seguido en este Juan amortiguado, la trepadora floración de la "mala con-

bió un cuento: "El hombre que no pudo amar". Era Don Juan. Estoy de acuerdo si reputamos al amor como un abandono, como una entrega. Y Don Juan no se ha entregado nunca. Le gusta hojear mujeres. Es un precoz aficionado al "roman psychologique" de cada vida. Le suponemos ahora como un Stendhal curioso infinitamente. No dirá, como los vulgares amadores, que todas las mujeres son iguales. Sabrá discernir en cada cual gracia y modales sin duplicado. Y concebimos que pueda sentir, al envejecer, la melancolía del químico moribundo sin haber agotado las experiencias. Por este resquicio tiene cabida la mística. ¡ Miseria ! No podemos acaparar todos los éxitos. Mil y tres dicen que fueron los suyos. Pero hay millones de enamoradas probables. Y ante la melancolía de esta parquedad, excuso que un espíritu delicado vaya a la iglesia para emplear su amor sobrante. Ya, por lo demás, el amor a Inés significa la fatiga de Don Juan. Dice que ama en ella la virtud y esto infiere vejez. Para los paladares estragados fué siempre condimento la pureza. Pero el buen apetito de Casanova acepta todo, monja u horizontal, sin preferencias.

Se ha enmohecido la veleta. Desde entonces ya no nos interesa o nos seduce de otro modo. Nietzsche hubiera seguido en este Juan amortiguado, la trepadora floración de la "mala con-

ciencia" Considerado como la lucha del catolicismo en un alma fuerte, el drama se profundiza y se eterniza. Don Juan es el instinto joven. Tal vez prolonga la selvática independencia del bárbaro. Me lo figuro como un mozo visigodo a quien de pronto unos hombres tristes le enseñan a llamar pecado su ardor pánico. Se va a reír algunos años, retando hasta a las sombras en un desacato pueril y exagerado, pero el morbo está dentro y el morbo se llama remordimiento. No me digáis que es sólo el drama de un mozo calavera. Toda España está aquí debatiéndose con una tristeza importada de Samaria. ¡Y otra vez has vencido, Galileo!

Mas, combatiendo al amor la Iglesia le ha dado vida nueva aunque enfermiza. Al habituarse a escarbarse la conciencia en el examen penitente, abre el camino de la "delectación morosa" que tanto combatieron los teólogos. Se saborea dos veces el pecado, al cometerlo y al expiarlo. Además, el seductor cobra el prestigio diabólico de Fausto. Mientras más cándida sea Margarita, más fácilmente la misión evangélica de convertir al pecador, la entrega desarmada. Doña Inés vence al cabo, mas no olvidamos que su galeote de amor está ya un poco neurasténico.

Porque no podemos imaginar a Don Juan detenido en una aventura. Aquí no hablamos sólo del personaje de la ficción, sino del "homme-a-

femmes" que todos hemos visto alguna vez. Pone su genio en su vida como Wilde. ¿Concebimos a un novelista que no escribiera más novelas porque la postrera fué excelente? En el amor hay también una especie de producción constante, de genio creador. Tal vez ninguna gloria se equipara a la del viviente drama en tres actos, a la del sublime tríptico: la frescura matinal de la primera escaramuza, la gloriosa certidumbre de poseer y la crueldad del abandono. ¿Crueldad? Don Juan no puede mirar atrás. Su error es ayer y su obra de arte es mañana. Manón sería su amante ideal; pocas mujeres se llaman así; las más Ofelia o Gretchen.

Gajes del oficio son las quejas de la mujer preterida, pero muy útiles para el seductor las jermiadas. Por cada Ofelia muerta, se duplica el prestigio de Hamlet. Y está probado que cuando se quema una falena en la lámpara, acuden parvadas al reclamo. En el amor al peligro ha hallado un francés filósofo la mejor base de la moral. En el mismo fundamento reposa el amor de las mujeres. Cuando la señora de Bovary se va a la cita con Rodolfo, su mayor deliquio es pensar que el excelente Carlos podría despertarse y sorprenderla. Por lo demás, poco les importa llorar después. Para consolarlas siempre hay iglesias iluminadas, la fantasmagoría del enamorado místico. Tienen allí el asilo las inváli-

femmes" que todos hemos visto alguna vez. Pone su genio en su vida como Wilde. ¿Concebimos a un novelista que no escribiera más novelas porque la postrera fué excelente? En el amor hay también una especie de producción constante, de genio creador. Tal vez ninguna gloria se equipara a la del viviente drama en tres actos, a la del sublime tríptico: la fresca matinal de la primera escaramuza, la gloriosa certidumbre de poseer y la crueldad del abandono. ¿Crueldad? Don Juan no puede mirar atrás. Su error es ayer y su obra de arte es mañana. Manón sería su amante ideal; pocas mujeres se llaman así; las más Ofelia o Gretchen.

Gajes del oficio son las quejas de la mujer preterida, pero muy útiles para el seductor las jermiadas. Por cada Ofelia muerta, se duplica el prestigio de Hamlet. Y está probado que cuando se quema una falena en la lámpara, acuden parvadas al reclamo. En el amor al peligro ha hallado un francés filósofo la mejor base de la moral. En el mismo fundamento reposa el amor de las mujeres. Cuando la señora de Bovary se va a la cita con Rodolfo, su mayor deliquio es pensar que el excelente Carlos podría despertarse y sorprenderla. Por lo demás, poco les importa llorar después. Para consolarlas siempre hay iglesias iluminadas, la fantasmagoría del enamorado místico. Tienen allí el asilo las inváli-

das de corazón que verán a Dios. Y es la más admirable contribución del catolicismo al amor, la de haber enseñado a las víctimas de Don Juan que hay un sabor excelso en las lágrimas.

VENTURA GARCIA CALDERON

(*El Figaro*. Habana.)

PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
— DEL —
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

25
COSTA RICA
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA
ESTABLECIMIENTO DE CREDITO
DEPOSITARIA
DIRECTOR GENERAL

Imprenta Greñas

Calle 4.^a S., entre Avenidas 4 y 6

Libros — Periódicos — Folletos
Hojas sueltas
Recibos talonarios — Cheques
Tarjetas de visita
Facturas — Etiquetas — Invitaciones
Programas — Diplomas

A 125 varas del Parque Central

Esta imprenta se encuentra instalada ya en su nuevo y espacioso local, situado en la Calle 4.^a Sur, entre las Avenidas 4.^a y 6.^a Oeste, á 125 varas del Parque Central, construído especialmente para tipografía y que presta grandes comodidades para el trabajo.

••• EDICIONES NITIDAS Y CORRECTAS •••